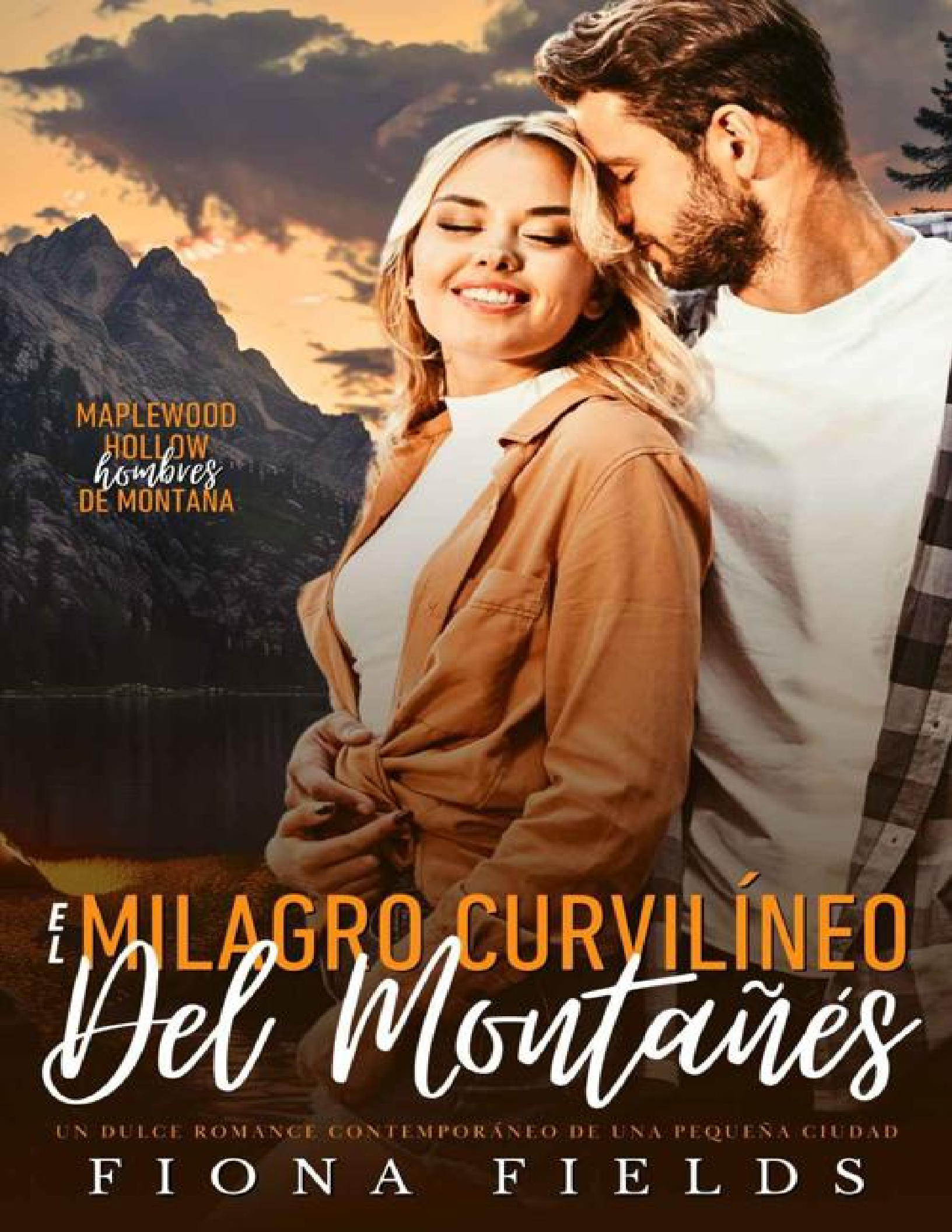


A romantic couple embracing in a mountain landscape at sunset. The woman, with blonde hair, is smiling and wearing a tan jacket over a white top. The man, with a beard, is leaning in to kiss her cheek and is wearing a white t-shirt. The background features dark, jagged mountains under a warm, orange-hued sky with soft clouds.

MAPLEWOOD
HOLLOW
hombres
DE MONTANA

EL MILAGRO CURVILÍNEO
Del Montañés

UN DULCE ROMANCE CONTEMPORÁNEO DE UNA PEQUEÑA CIUDAD

FIONA FIELDS

EL MILAGRO CURVILÍNEO DEL MONTAÑÉS

Un Dulce Romance Contemporáneo de Una Pequeña Ciudad

MAPLEWOOD HOLLOW HOMBRES DE MONTAÑA

LIBRO 1

FIONA FIELDS



Copyright © 2024 Fiona Fields

Reservados todos los derechos.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin la autorización del editor, salvo en los casos permitidos por la legislación estadounidense sobre derechos de autor.

Excepciones: Los reseñistas pueden citar breves pasajes para sus reseñas.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, sucesos o lugares es pura coincidencia.



ÍNDICE

1. [Jack](#)
 2. [Grace](#)
 3. [Jack](#)
 4. [Grace](#)
 5. [Jack](#)
 6. [Grace](#)
 7. [Jack](#)
 8. [Grace](#)
 9. [Jack](#)
 10. [Grace](#)
 11. [Jack](#)
 12. [Grace](#)
 13. [Jack](#)
 14. [Grace](#)
 15. [Jack](#)
- [Grace](#)

Capitolo Uno

JACK

El cielo de Maplewood Hollow se tiñe de carmesí y oro, el sol besa las cumbres con un fuego que quema casi tanto como el dolor de mi pecho. Estoy fuera de mi cabaña, las paredes de madera son mi fortaleza contra el mundo, y la soledad que una vez anhelé me pesa sobre los hombros. Han pasado años, pero cada puesta de sol me hace pensar en ella, en la mujer que perdí, en el futuro que nunca tendremos.

Recuerdo cómo su risa resonaba en estas montañas, cómo sus ojos brillaban más que cualquier estrella del cielo nocturno. Soy una tonta por dejar que mi corazón vuelva a vagar por ese camino, pero es un viaje de tontos del que parece que no puedo escapar. La culpa, como una sombra implacable, me persigue, susurrando su nombre con cada susurro de las hojas, cada crujido de la maleza.

Doy la espalda a la puesta de sol, los colores cambiantes se parecen demasiado a la vida que dejé atrás. Mis botas crujen contra la grava mientras me dirijo al pueblo, el suave zumbido de la vida nocturna de Maplewood Hollow contrasta con el silencio de mi refugio de montaña. La gente del pueblo está fuera, algunos cerrando sus negocios, otros comenzando sus rituales nocturnos. Me saludan con la cabeza y de vez en cuando me saludan con la mano, un reconocimiento silencioso del montañés que sólo baja cuando es necesario.

Al pasar por Curves & All, la veo: Grace Sullivan. Está cerrando por la noche, su tienda es un faro de luz y calor en la calle principal. He oído las historias, la forma en que está cambiando la perspectiva de la ciudad sobre la belleza, la forma en que está dando esperanza a los que se sentían invisibles. Hay determinación en sus pasos, una confianza que parece envolverla como un manto.

Nuestras miradas se cruzan, sólo un instante, y algo se agita en mi pecho. Es algo peligroso, este destello de calidez, una traición a la memoria de la mujer que perdí. Pero Grace tiene algo, la forma en que se comporta, la manera en que su sonrisa parece invitar al mundo a entrar: es desarmante.

Me meto las manos en los bolsillos y sigo adelante, dejando un rastro de calor a su paso. No debería sentir esto, ni ahora ni nunca. La montaña es mi lugar, solo con mis recuerdos y mi culpa. Pero mientras me alejo, la imagen de Grace, fuerte y radiante fuera de su tienda, persiste, y no puedo evitar preguntarme si las montañas son suficientes para mantener a raya el anhelo de compañía.

Paso junto al cálido resplandor de Curves & All, pero los ecos de la presencia de Grace me

envuelven como la niebla de la montaña: ineludibles. La gente del pueblo está diferente esta noche, o tal vez soy yo quien ha cambiado, fijándome más en ellos. El dulce aroma de la panadería me atrae y, antes de que pueda alejarme, Martha, la dueña, me descubre.

«¡Buenas noches, Jack!», me grita, su voz se deja oír por la suave brisa de la tarde.

Gruño un saludo, acercándome a la familiaridad de las sombras, pero ella no se inmuta.

«¿Te has enterado de lo de la boutique de Grace Sullivan?». continúa Martha, quitándose la harina del delantal mientras se acerca. «Curves & All está en boca de todos. Tiene un buen ojo para la moda y el corazón que hace juego. Deberías pasarte».

Un verdadero ojo para la moda, pienso, sacudiendo un poco la cabeza ante lo absurdo del asunto. ¿Qué sé yo de eso? Pensar en tejidos y estilos me resulta extraño, un mundo en el que no tengo cabida.

Asiento con la cabeza, más por educación que por verdadero interés, y la sonrisa de Martha se ensancha como si estuviera al tanto de un secreto que aún no he descubierto. Es esa mirada cómplice la que me hace sentir como un extraño en mi propia piel, un recordatorio de lo lejos que estoy de la vida que ella describe.

«Lo tendré en cuenta», le digo, forzando una sonrisa que no llega a mis ojos. La verdad es que de ninguna manera voy a poner un pie en una boutique, y menos en Curves & All. La idea de recorrer los estantes de ropa y el parloteo de los ansiosos compradores me pone la piel de gallina. Prefiero estar en la montaña, rodeada del susurro tranquilo de los árboles y el aire fresco que me hace sentir mucho más como en casa. El mundo de las telas y la moda me resulta ajeno, un reino en el que no deseo entrar.

Mientras me alejo, siento los ojos de Martha clavados en mí; puedo oír sus susurros siguiendo mi estela. Hace tiempo que no soy más que una sombra fugaz para esta gente, y su renovada curiosidad me sienta como una camisa demasiado ajustada al cuello.

Acelero el paso, ansioso por dejar atrás el murmullo de las voces y la luz de las miradas de los pueblerinos de los que me he mantenido alejado durante demasiado tiempo. La montaña me espera, mi santuario del mundo, de ellos, de ella. Lo último que necesito es enredarme en las vidas de los habitantes de Maplewood Hollow o de la dueña de la boutique de ojos brillantes que ya tiene al pueblo atrapado en su hechizo.

La decisión es fácil. Mantener las distancias, aferrarme a la soledad que ha sido mi única compañía durante años. Es la opción más segura, la que me protege del riesgo de perderme, de sentir algo parecido a lo que sentía antes.

Estoy casi en las afueras de la ciudad cuando un repentino estruendo rompe la calma de la noche, sobresaltando la quietud que me rodea. El ruido es estremecedor, seguido de un grito agudo que atraviesa el aire frío como un cuchillo. Mis instintos se ponen en marcha antes de que pueda pensar en detenerlos y me impulsan hacia delante. Me dirijo hacia la fuente del sonido, con las botas golpeando el adoquinado. El instinto de protección, profundamente arraigado tras años de vida en la naturaleza, me impulsa a seguir adelante.

Al doblar la esquina, el corazón me martillea en el pecho, el recuerdo de peligros pasados aviva mis pasos. No sé lo que encontraré, pero sé que no puedo ignorarlo, no cuando cada fibra de mi

ser grita que alguien podría estar en apuros. El montañés que hay en mí, protector a pesar de mi naturaleza reclusiva, me empuja hacia delante, corriendo hacia la conmoción desconocida.

Capitolo Des

GRACE

Los últimos rayos del sol se ocultan tras las montañas, pintando el cielo con pinceladas de naranja y morado mientras giro el cartel de «Cerrado» en Curves & All. Mi corazón hace un pequeño baile de la victoria. La tienda es mi sueño hecho realidad y hoy, el primer día, ha superado todas mis expectativas. El timbre de la puerta tintinea por última vez mientras la última clienta se despide con los brazos cargados de bolsas que se ajustan perfectamente a sus curvas. Sonrío, sintiendo mis propias curvas como un cálido abrazo de éxito.

Cuando miro alrededor de mi boutique, el nombre «Curves & All» me resuena profundamente. Siempre he creído que la moda debe abarcar todas las formas y tallas. Quería un lugar donde las mujeres pudieran sentirse guapas y seguras en su propia piel, porque la belleza no se limita a un solo estándar.

Me quedo un momento, saboreando la tranquilidad después de un día tan animado. La tienda, con su ropa elegante y su arte body-positive, es como una prolongación de mí misma. Las suaves paredes verde azulado guardan el eco de las risas y la energía de los nuevos comienzos. Respiro hondo, el aroma a tela fresca y ambición llena mis pulmones.

Mis manos se deslizan sobre la caja y ordenan un montón de tarjetas de visita. El silencioso zumbido de la tienda contrasta con el ajetreo del día, y me permito un momento de orgullo. Lo estoy haciendo. Estoy marcando la diferencia.

Pero el crepúsculo me invita a terminar. Apago las luces una a una y las cálidas paredes color crema se convierten en sombras. La tienda es mi santuario, y salir de ella esta noche es como salir de un baño caliente y entrar en un ambiente frío.

Con el bolso colgado del hombro, salgo al callejón trasero para tirar la basura del día. La luz del atardecer se desvanece rápidamente y el callejón es más silencioso que la tienda, si es que eso es posible. El silencio es reconfortante, un final apacible para un día lleno de éxitos.

Entonces, la quietud se rompe.

Un repentino ruido metálico me saca de mi ensoñación y me recuerda a las latas cayendo unas sobre otras en una danza caótica. Me quedo inmóvil, aguzando el oído en la penumbra del callejón. Es probable que se trate de un mapache en busca de comida, algo habitual en esta zona, pero mi corazón no se convence. Golpea con fuerza contra mi caja torácica, el sonido resuena en la quietud, parece demasiado pronunciado en medio de la tranquilidad del callejón. Casi puedo sentir la tensión en el aire, una mezcla de curiosidad e inquietud, que me impulsa a dar un paso

atrás con cautela.

«¿Quién es? Mi voz emerge más fuerte de lo que siento, con un temblor de bravuconería en mis palabras. Puede que la boutique sea mi refugio, un santuario lleno de telas vibrantes y risas de amigos, pero aquí fuera, en la oscuridad del callejón, estoy expuesta y vulnerable. El calor familiar de Curves & All parece estar a un mundo de distancia, y las sombras parecen cerrarse a mi alrededor, amplificando la incertidumbre que me corroee por dentro.

No hay respuesta. Sólo el leve susurro de las hojas en la brisa del atardecer. Me acerco al ruido, con mi optimismo luchando contra un hilo de ansiedad. Este es mi lugar, mi ciudad, y me niego a dejarme intimidar.

Una sombra se mueve, grande e indefinida. Jadeo y se me corta la respiración. Pero entonces, la sombra entra en la luz menguante y lo veo. Jack Tanner, el montañés del que me advirtieron los lugareños cuando llegué.

«¿Jack?» Mi voz tiembla ligeramente, traicionando mi sorpresa. No lo conozco oficialmente, pero lo reconocería en cualquier parte. «¿Qué haces aquí?

Guarda silencio durante un rato, su rostro rugoso es ilegible. Luego se adelanta y su presencia invade el estrecho espacio que nos separa.

«Me ha parecido oír algo», dice, con una voz grave que parece resonar en las paredes de ladrillo. «Quería asegurarme de que todo iba bien».

Su preocupación, inesperada y sincera, me calienta contra el frío de la noche.

Estoy a punto de darle las gracias, a punto de decir algo sobre cómo probablemente he asustado a un gato callejero, cuando estalla el caos en el restaurante de al lado.

Una figura irrumpe por la puerta trasera, agitando los miembros y desesperada, agarrando una bolsa que obviamente no es suya. El corazón me salta a la garganta y, durante una fracción de segundo, me quedo paralizada, el peligro es demasiado inmediato, demasiado real.

Entonces Jack se mueve. Es un movimiento borroso, una danza de instintos y músculos que apenas puedo seguir. Derriba al ladrón con la precisión propia de una vida de supervivencia. El ladrón cae al suelo con un gruñido y la bolsa vuela por los aires.

Todavía estoy asimilando el momento, con la mente acelerada, cuando Jack inmoviliza al hombre con una facilidad que casi asusta. Hay una intensidad en él ahora, una ferocidad que es tan hipnotizante como aterradora. No puedo evitar fijarme en la forma en que sus músculos se flexionan bajo la camisa, en su mandíbula rígida.

Por un segundo, vislumbro sus ojos, esas profundidades azul tormenta que parecen contener la ferocidad de las propias montañas. Están llenos de adrenalina, pero también de control, de dominio sobre el caos que acaba de sofocar.

Y entonces, se acabó. La conmoción ha llamado la atención y, en unos instantes, otros se acercan corriendo. El ladrón es detenido rápidamente, y murmullos de conmoción y alivio se extienden entre la multitud.

Pero yo no formo parte de ella. Sigo en el callejón, con el corazón latiendo a un ritmo demasiado

rápido y fuerte. Soy consciente de cada bocanada de aire que respiro, de cómo el aire del atardecer me refresca la piel enrojecida.

Jack se para y su mirada encuentra la mía. La intensidad no ha desaparecido de sus ojos, pero ahora hay algo más, algo que antes no estaba ahí. ¿Reconocimiento? ¿Respeto? No puedo precisarlo, pero es potente.

Nuestras miradas se cruzan y el mundo se reduce a nosotros, a este momento. Soy consciente de mi propia respiración, de la rápida subida y bajada de mi pecho. Hay gratitud, un profundo agradecimiento por estar aquí, por haber venido. Pero se mezcla con algo más, algo parecido a la atracción, que se agita en lo más profundo de mi vientre.

Debería decir algo, hacer algo, pero me faltan las palabras. La gratitud es fácil de entender, pero ¿la atracción? Es confusa, desorientadora. Este hombre, este montañés de físico robusto y ojos penetrantes, acaba de romper el tranquilo orden de mi mundo.

Y no sé qué hacer con los fragmentos.

Capitulo Tres

JACK

El momento se alarga, cada segundo pasa con la intensidad de un trueno en mis oídos. Respiro entrecortadamente, el aire fresco del atardecer me muerde los pulmones. Me tiemblan las manos, como consecuencia de la precipitación al derribar al ladrón. Soy muy consciente del peso del hombre inmovilizado bajo mis pies, y sus forcejeos se debilitan a medida que aprieto el agarre. Mi corazón se acelera, pero no es la amenaza lo que lo hace latir con fuerza, sino ella.

Grace Sullivan está a pocos metros, con los ojos muy abiertos, mezcla de miedo y asombro. Agarra la basura que sacaba para defenderse -la bolsa parece pesada- como si fuera un escudo. La tenue luz de la puerta trasera de Curves & All la ilumina, creando un halo alrededor de su pelo oscuro y ondulado. Me llama la atención el contraste entre sus cálidos ojos color avellana y el frío callejón que nos rodea. No puedo evitar fijarme en cómo le sienta la valentía, cómo la envuelve como una segunda piel.

No sé qué me impulsa a actuar, a interponerme entre ella y el peligro. Es algo más que instinto; es una fuerza que ruga en mí, feroz y protectora. Y mientras sujeto al ladrón y espero a que suenen las sirenas, echo un vistazo a Grace. Su pecho sube y baja con respiraciones rápidas y, a pesar de la situación, hay una fuerza en su postura que impone respeto.

He pasado tanto tiempo envuelta en mi propio dolor, en la soledad de las montañas, que he olvidado lo que se siente al preocuparse, al querer proteger a otra persona. Sin embargo, aquí estoy, mi cuerpo actuando antes de que mi cerebro tenga tiempo de procesarlo, impulsado por una conexión con esta mujer a la que apenas conozco.

El ladrón se retuerce debajo de mí y vuelvo al presente, al callejón y al frío de la noche. Pero incluso cuando vuelvo a centrarme en detener al hombre, una parte de mí permanece en sintonía con Grace. Soy consciente de cada una de sus respiraciones, de cada uno de sus movimientos, como si mis sentidos se hubieran agudizado.

Un ulular de sirenas atraviesa el aire nocturno y noto cómo cambia la tensión en el callejón. Las cabezas se asoman por detrás de las puertas traseras de las tiendas vecinas, atraídas por la conmoción. Me quedo quieto, con el peso del ladrón debajo de mí como recordatorio de que no puedo bajar la guardia, todavía no.

Un par de los mejores agentes de Maplewood Hollow entran corriendo en el callejón, con las manos apoyadas en sus armas enfundadas, mientras observan la escena. Hago un gesto con la cabeza hacia el ladrón y siento alivio cuando lo esposan y lo ponen en pie. Sus maldiciones pasan a un segundo plano cuando por fin me pongo en pie, con los músculos doloridos por el

esfuerzo.

Me vuelvo hacia Grace, mi preocupación por su seguridad eclipsa la adrenalina persistente. «¿Estás bien? Las palabras caen, ásperas y con más preocupación de la que quería mostrar.

Sus ojos se cruzan con los míos y siento una oleada de algo que no puedo nombrar. Es como mirar al corazón de una tormenta: salvaje, impredecible e hipnotizante. Sus ojos color avellana se clavan en los míos y me siento expuesta, como si estuviera escudriñando en las profundidades de mi alma. No estoy acostumbrada a esto, a sentirme tan... abierta.

«Sí, creo que sí», dice, con voz firme a pesar del caos. «Gracias a ti. Se pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja, un gesto tan sencillo y a la vez tan íntimo que me produce un escalofrío inesperado.

Debería marcharme, volver a la tranquilidad de las montañas donde estoy a salvo, donde mi corazón no corre el riesgo de hacerse añicos de nuevo. Pero cuando miro a Grace, la gratitud y algo más en sus ojos, no puedo moverme. Hay un tirón, un hilo invisible que me arrastra hacia ella y, por mi vida, no puedo romperlo.

«Eres nueva en la ciudad», me las arreglo para decir, aferrándome a la normalidad.

Su risa es ligera, un sonido que parece bailar en el aire fresco del atardecer. «¿Es tan evidente?

«Por aquí se corre la voz muy rápido», digo, intentando dar un poco de ligereza a la conversación. Hago un esfuerzo por sonreír, pero me siento incómoda, como un engranaje que hace años que no se engrasa. Hay vacilación en mi expresión, una mezcla de incertidumbre y el peso de los recuerdos que se aferran a mí como sombras.

Ella asiente, con un brillo decidido en los ojos que enciende algo dentro de mí. «Bueno, estoy aquí para quedarme. Me he enfrentado a retos mayores que un ladrón de callejones». Su confianza es contagiosa y, por un momento, me siento cautivada por su inquebrantable determinación. Percibo su espíritu -una mezcla de tenacidad y calidez- que me hace querer protegerla, incluso cuando lucho contra mi instinto de refugiarme en las sombras.

No puedo evitar admirar su resistencia. Es un marcado contraste con la oscuridad en la que he estado viviendo, un recordatorio de que aún hay luz ahí fuera, aún hay esperanza. «Parece que puedes arreglártelas muy bien».

Su sonrisa se suaviza, iluminando su rostro de un modo que hace que el mundo que nos rodea se desdibuje momentáneamente. En ese fugaz instante, parece que sólo somos dos personas, encontrando consuelo la una en la otra en medio del caos que nos rodea. «Puedo, pero me alegro de que hayas estado aquí esta noche, Jack». Sus palabras me envuelven en una calidez que me ancla en una realidad de la que a menudo intento escapar.

La forma en que pronuncia mi nombre me estremece. Hacía mucho tiempo que nadie lo decía con tanta calidez y cariño. Siento que los muros que he construido a mi alrededor empiezan a derrumbarse, ladrillo a ladrillo.

«Debería irme a casa», dice, con la mirada fija en la mía.

«Sí», respondo, con la palabra pesada en la garganta. «Ya deberías estar a salvo».

Permanezco de pie, con los pies clavados en el suelo, mientras los últimos ecos de las sirenas se desvanecen en la noche. La mirada de Grace me mantiene cautiva y siento una sensación extraña, como si me tambaleara al borde de un precipicio. Los muros que he construido a mi alrededor durante tanto tiempo empiezan a desmoronarse, cada ladrillo entrelazado con el dolor de mi pasado, con el recuerdo de un amor perdido.

Estoy desgarrada, una parte de mí grita que huya, que busque refugio en la familiaridad de las montañas que rodean Maplewood Hollow. Sin embargo, hay una atracción más fuerte, una fuerza casi magnética, que me insta a quedarme, a permanecer en este momento en el que la posibilidad de algo nuevo, algo atterradoramente hermoso, flota en el aire entre nosotros.

«Debería...» Empiezo, mi voz se entrecorta. No sé cómo terminar la frase, cómo articular la tormenta de emociones que se arremolinan en mi interior. El miedo, el deseo, la nostalgia... se entrelazan formando un nudo en mi pecho que no consigo desenredar.

Ella asiente, con una suave comprensión en los ojos que, de algún modo, hace más difícil que me vaya. «Gracias, Jack. De verdad», dice, y hay algo en su voz que parece el principio de una promesa, el preludio de algo más.

Le respondo con la cabeza, con un movimiento brusco, fuera de sincronía con la calma que intento proyectar. Me doy la vuelta bruscamente y siento que la tensión se extiende entre nosotros como algo tangible. Casi puedo oírla romperse mientras pongo distancia entre nosotros, cada paso una mezcla de alivio y arrepentimiento.

El aire fresco de la noche me golpea y camino más deprisa, como si pudiera superar el caos de mi mente. El sonido de mis botas sobre la grava parece demasiado fuerte, un recordatorio implacable de que me estoy alejando de ella, de la calidez de su tienda, de su calor.

Las calles de Maplewood Hollow están tranquilas mientras vuelvo a mi camioneta; el parpadeo ocasional de las luces de las acogedoras casas por las que paso contrasta con la oscuridad que hay en mi interior. Me deslizo tras el volante, el cuero del asiento frío contra mi espalda.

Permanezco sentado un momento, con las manos agarrando el volante y el metal de las llaves frío e inflexible en la otra mano. La imagen del rostro de Grace, sus ojos fijos en los míos, se niega a desaparecer. Creía que había perdido la capacidad de sentir algo más que el entumecimiento de la pena, pero esta noche me he equivocado.

Cuando arranco el motor, el ruido familiar es un consuelo y una maldición. Me debato entre la vida que he conocido y el susurro de una vida que podría ser. Y mientras conduzco de vuelta a la soledad de mi hogar en la montaña, no puedo evitar la sensación de que algo ha cambiado, irrevocablemente, dentro de mí.

Capítulo Cuatro

GRACE

Los últimos vestigios del crepúsculo acarician las montañas cuando entro en Curves & All, con las manos aún temblándome ligeramente. Debería irme a casa, dejar que los acontecimientos de la noche se asienten en los recovecos de mi mente. Pero mis pies me llevan de vuelta al interior de la tienda, el santuario de mis sueños y ambiciones, mientras el murmullo de la gente del pueblo me hace cosquillas en los oídos.

Permanezco en silencio, con el aire aún cargado de la energía de mi primer día de éxito. Pero no es el triunfo lo que me acelera el corazón: es él, Jack Tanner. La imagen de sus tormentosos ojos azules clavados en los míos no se desvanece, la forma en que su presencia me envolvía en un manto de seguridad, incluso cuando la vulnerabilidad me acechaba.

Siempre he creído en la descarga eléctrica de la conexión, el tipo de conexión que los libros y las películas idealizan. Pero esto era otra cosa. Fue como si en ese momento, Jack viera todo de mí, las capas de mis luchas pasadas, mis esperanzas para el futuro. Y yo, a mi vez, vislumbré algo detrás de su áspero exterior, un destello de dolor y calidez entremezclados.

Un suave timbre indica la entrada de Martha Jensen, cuyo rostro es la personificación de la preocupación y el afecto maternal. «Grace, querida, me he enterado del alboroto. ¿Te encuentras bien? Sé que es tu primer día completo de apertura».

Asiento con la cabeza, una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios mientras el calor se extiende a través de mí. «Gracias a Jack Tanner, sí», respondo, con voz suave pero llena de auténtica gratitud. Su presencia ha aportado una sensación de calma al caos y no puedo evitar sentir un estremecimiento de agradecimiento por la forma en que ha intervenido.

La expresión de Martha se suaviza al mencionar su nombre y se acerca, bajando la voz como si estuviera compartiendo un secreto del pueblo. «Jack es un buen hombre, ha pasado por muchas cosas. Todo el pueblo le respeta, pero le damos espacio. Él es... bueno, ha sufrido mucho».

Me apoyo en el mostrador, absorbiendo sus palabras. Hay una nota de cautela en su voz que sólo alimenta mi curiosidad. El Jack que conocí esta noche era intenso y protector, pero hay una profundidad en él que me llama, que me hace señas para que descubra al hombre que hay detrás de la fachada montañosa.

«Y tú, querida», continúa Martha, con un brillo en los ojos, “pareces haberle causado una gran impresión”.

No puedo reprimir el rubor que calienta mis mejillas. «No lo sé. Probablemente reaccionó por instinto».

«Instinto, tal vez,» Martha se ríe, sus ojos arrugando las esquinas. «Pero Jack Tanner no es de los que intervienen sin razón. Vio algo en ti, Grace. Pero ten cuidado, los corazones como el suyo no se curan fácilmente».

Sus palabras son una advertencia suave, pero resuenan con una esperanza que está floreciendo dentro de mí.

Cuando Martha se va, la boutique vuelve al silencio, pero mi mente es cualquier cosa menos tranquila. ¿Quién es realmente Jack Tanner? ¿Y por qué siento esa atracción hacia él, un hombre envuelto en soledad y misterio?

Echo un vistazo al espejo de la esquina, el mismo que ha visto a una docena de mujeres encontrar confianza en su reflejo el día de la inauguración. Tal vez haya llegado el momento de mirarme yo también. La mujer que me devuelve la mirada ha cambiado, despertada por una conexión que promete algo más que un momento fugaz.

Con un suspiro decidido, decido que es hora de volver a casa para pasar la noche, mi mente bulle con pensamientos de montañas escarpadas y ojos azules como tormentas. La atracción es innegable y no puedo ignorarla. Mañana será otro día, y tengo la esperanza de que me traiga otro encuentro con Jack Tanner.

Sacudo la cabeza, intentando disipar las imágenes de la mirada tormentosa de Jack que permanecen tras mis párpados. La boutique está ahora en silencio, en marcado contraste con el caos de antes, y siento la necesidad de oír una voz amiga, de compartir la agitación que bulle en mi interior.

Cojo el teléfono y llamo a Dalila, mi amiga de casa. Siempre ha tenido el don de suavizar las arrugas de mi alma.

«¡Hola, Grace!» La voz de Delilah es como un bálsamo, brillante y alegre. «¿Cómo fue la gran inauguración?»

«Fue increíble, Delilah. De verdad. Pero pasó algo...»

Cuento los sucesos de la noche, con una voz mezcla de emoción y ansiedad que baila entre cada palabra. Todavía siento la emoción de la gran inauguración, pero en cuanto menciono a Jack, todo cambia. Hay una pausa, una respiración entrecortada que no esperaba, y siento que el corazón se me acelera ligeramente. Las emociones ligadas a su presencia son tan complejas, se arremolinan en mi interior como una tormenta, y no puedo evitar preguntarme cómo reaccionará Delilah al mencionarlo.

«Y entonces él estaba allí, Dalila. Como una especie de ángel de la guarda vestido de franela», digo, con una risa burbujeante, aunque mezclada con asombro.

«Suenas como un héroe de novela romántica de la vida real», bromea, pero luego su tono se suaviza. «Pero, ¿qué pasa realmente en tu corazón, Grace?»

Suspiro, con el peso de mis emociones presionándome las costillas. «No lo sé. Simplemente hay algo en él. No puedo explicarlo. Me siento atraída por él, pero también asustada. Es todo tan

intenso, tan inmediato».

Dalila tararea pensativa. «Lo intenso puede ser bueno, Grace. Pero no te pierdas en el torbellino. Recuerda quién eres, lo que has construido. Ve paso a paso».

Sus palabras me anclan, me recuerdan el camino que he recorrido para llegar hasta aquí. Soy Grace Sullivan, propietaria de Curves & All, una mujer que defiende la confianza y la autoaceptación. He luchado para estar donde estoy y no me dejaré arrastrar tan fácilmente, ni siquiera por un hombre con ojos de tormenta.

«Gracias, Dalila. Lo necesitaba».

Charlamos un poco más antes de despedirnos. La boutique está ahora sumida en las sombras, la última luz del día deja paso al resplandor de las farolas del exterior. Recojo mis cosas y cierro la puerta con un clic que resuena en la calle vacía.

Mientras camino hacia casa, mi corazón se acelera con la posibilidad de volver a ver a Jack. No puedo evitar la imagen de sus fuertes manos, la forma en que parecía dominar las sombras del callejón. Sin embargo, un susurro de duda se cuela en mi interior, enfriando el calor de mi excitación. ¿Y si sus actos no fueran más que un reflejo? ¿Y si su interés por mí no es más que una cortés fachada?

Llego a la puerta de mi casa, con la mente hecha un lío de esperanza e incertidumbre. Estoy emocionada, sí, pero las semillas de la duda se plantan firmemente en mis pensamientos. ¿Qué nos depara el futuro a Jack y a mí? La pregunta flota en el aire, sin respuesta, dejándome con el corazón lleno de expectación y un hilo de ansiedad que no puedo quitarme de encima.

Capítulo Cinco

JACK

La primera luz del sol se cuela entre los pinos, esparciendo oro por el suelo de la cabaña. Estoy de pie junto a la ventana, con el café en la mano, el vapor olvidado mientras se enrosca en el frío aire de la mañana. Mi rutina es un desastre, los simples actos de avivar el fuego y preparar el desayuno se pierden en el caos de mi cabeza.

Su rostro, el rostro de Grace, es como un fantasma que no se desvanece. Hay algo en la forma en que se iluminaron sus ojos cuando estaba allí anoche, algo que remueve las cenizas de mi pecho. No puedo deshacerme del recuerdo de su calidez, de su espíritu, de lo que sentí como un puñetazo en el estómago, una llamada de atención a una parte de mí que creía muerta.

Intento concentrarme en los árboles, la naturaleza que ha sido mi salvación, pero todo lo que veo es el callejón detrás de Curves & All, el miedo en sus ojos dando paso a algo más fuerte. Y ahí estaba yo, saltando sin pensármelo dos veces. ¿Qué demonios estaba haciendo?

Dejo el café sin tocar y me paso una mano por el pelo. Los recuerdos son implacables esta mañana. Está lo bueno: reírme con mi prometida, con la cabeza echada hacia atrás, tan viva. Y está lo malo: la noche en que la perdí, la forma en que mi mundo se desmoronó. Me he estado castigando desde entonces, pensando que no merezco la felicidad, no después de lo que pasó.

Pero Grace... ella desafía eso. Con ella, es como si me tambaleara al borde de algo aterrador y nuevo. ¿Tengo derecho a sentir esta atracción hacia ella, este... anhelo de algo más que la soledad a la que me he aferrado como un salvavidas?

He construido estos muros por una razón. Para mantener fuera el dolor, la culpa. Para sobrevivir. Pero ahora, hay una grieta, y todo lo que he encerrado se está filtrando. Estoy aquí, un hombre partido en dos, luchando con el fantasma de mi pasado y la muy real, muy intensa conexión que sentí con Grace.

No sé si estoy preparado para afrontar lo que todo esto significa. Pero a medida que la luz se hace más fuerte, derramándose a través del terreno accidentado, sé una cosa con certeza: no puedo esconderme de ella para siempre.

Nunca me han gustado las decisiones espontáneas. La rutina, la montaña, el silencio de los pinos: ahí es donde encuentro mi consuelo. Pero esta mañana, no puedo evitar la inquietud en mis huesos. No es la necesidad de provisiones lo que me hace conducir hasta Maplewood Hollow; es la atracción de algo -o de alguien- más.

Aparco el camión cerca de la ferretería, convenciéndome de que he venido a por clavos y una hoja de sierra nueva. Pero mientras camino por las calles de ladrillo, sé que me estoy mintiendo. Es Grace. Necesito volver a verla, averiguar por qué se ha apoderado de mí después de un solo encuentro.

Estoy pasando por The Sweet Spot cuando Martha sale, la campana sobre su puerta repica como un heraldo. «¡Jack Tanner, como vivo y respiro! Dos días seguidos. No me digas que por fin te han escupido las montañas».

Logro esbozar una media sonrisa, sintiendo el peso de su mirada. «Sólo necesitaba un par de cosas, Martha».

Me mira, con un brillo de complicidad en sus ojos azules. «Me enteré de lo de anoche. Tú haciendo de héroe para Grace Sullivan. Es la comidilla de la ciudad».

Aprieto la mandíbula al oír el nombre de Grace. «Estaba en el lugar adecuado en el momento adecuado», murmuro, incómoda con la atención.

Martha se apoya en el marco de la puerta, con harina en el delantal y una sonrisa cálida. «Grace es especial. Alegra toda la calle con su boutique y su sonrisa. Harías bien en dejar entrar algo de esa luz en tu vida, Jack».

Me muevo sobre mis pies, sintiendo la dirección que está tomando la conversación. La calidez de su sonrisa es casi como un foco que ilumina partes de mí que preferiría mantener ocultas. «No busco brillo, Martha. Sólo suministros», le respondo, con voz ronca, mientras intento volver a centrar la conversación en lo mundano.

Ella se ríe, un sonido tan rico y cálido como los productos recién horneados que salen de su horno, llenando el aire de una dulzura reconfortante. «Bueno, si encuentras algo más que provisiones, no sería lo peor, ¿verdad? Sus ojos brillan con picardía.

No tengo una respuesta para ella, así que asiento con la cabeza, el gesto me pesa mientras sigo mi camino, mis botas crujiendo en la grava debajo de mí. Pero las palabras de Martha permanecen en el aire, resonando en mi cabeza como el tañido de una campana lejana, agitando una maraña de pensamientos que se arremolinan como hojas atrapadas en un torbellino. No puedo ordenarlos, cada uno choca con el siguiente, evocando recuerdos que preferiría mantener enterrados en lo más profundo.

Veo Curves & All y mis pasos se ralentizan instintivamente. La tienda destaca por su acogedora fachada verde azulado y su animado escaparate, repleto de colores y estilos que parecen bailar a la luz del sol. Es como un faro que me atrae y no puedo evitar sentirme atraída por él, aunque mi mente me pide a gritos que siga caminando. El ambiente alegre que irradia desde el interior me resulta casi magnético y despierta en mi pecho una mezcla de curiosidad y vacilación.

Me quedo fuera, con el corazón martilleándome las costillas. Estoy en una encrucijada, atrapada entre la seguridad de mi soledad y el camino desconocido que representa Grace. Mi mano se cierne sobre el pomo de la puerta, la duda me acosa.

Puedo dar media vuelta, desaparecer en las montañas y fingir que esto nunca ha ocurrido. O puedo entrar y enfrentarme a lo que sea. He sobrevivido a las peores tormentas, a las pérdidas más profundas. Seguro que puedo soportar una conversación con una mujer que no ha hecho más

que mostrar valor y calidez.

Respiro hondo y abro la puerta. El timbre anuncia mi presencia. Una mezcla de emociones se agita en mi interior: miedo, curiosidad y una inesperada oleada de esperanza. Al entrar en la boutique, me preparo para enfrentarme a Grace y a lo que venga con ella.

Capitula Seis

GRACE

La luz de la mañana se cuela por las ventanas de Curves & All, y en el aire se oyen risas y el suave susurro de las telas mientras las clientas hojean los estantes. Detrás del mostrador, mi corazón palpita de orgullo al ver cómo mujeres de todas las tallas y formas se alegran con la ropa que he seleccionado cuidadosamente para ellas.

Sin embargo, en medio del zumbido de satisfacción que llena la tienda, mi mente no puede evitar divagar. Pienso en Jack, el hombre que anoche salió de las sombras como un ángel de la guarda. Su imagen persiste en mis pensamientos, sus intensos ojos azules, la rudeza de sus manos y la inesperada dulzura de sus acciones. Sacudo la cabeza, intentando disipar los recuerdos. «Concéntrate, Grace», me susurro a mí misma.

Un cliente se acerca al mostrador y me devuelve al presente. «Me encanta este sitio», exclama mientras sostiene un vestido que se ajusta perfectamente a sus curvas. «Nunca me había sentido tan segura probándome ropa».

Sonrío y se me hincha el corazón. «Eso es exactamente lo que quería oír», le digo, con voz firme aunque se me revuelvan las tripas. La ayudo a completar su compra, rozando con mis dedos el suave tejido, y cuando se marcha con una sonrisa de satisfacción, siento un propósito renovado. Por eso estoy aquí, para hacer que las mujeres se sientan guapas, con poder.

Pero la emoción del éxito está teñida de nostalgia. No puedo evitar la sensación de que me falta algo, o alguien. Es como si la presencia de Jack hubiera creado un espacio en mi vida que no sabía que estaba vacío.

Suena el timbre de la puerta y mi pulso se acelera. No es Jack, sino otra clienta que entra en la cálida tienda. La saludo con auténtico entusiasmo, pero una parte de mí no puede evitar sentir una punzada de decepción.

La mañana transcurre en un torbellino de actividad, con las manos y la mente ocupadas, pero hay una parte de mí que siempre está escuchando, siempre esperando el sonido de ese timbre, el momento en que Jack entre por la puerta. ¿Qué le diría? ¿Serían fáciles las palabras o me quedaría sin palabras por la intensidad de nuestra conexión?

Estoy en medio de una conversación con una tímida adolescente, guiándola hacia una selección de vibrantes estampados florales que complementarían a la perfección su complexión, cuando el timbre de la puerta vuelve a llamar mi atención. Se me corta la respiración y siento un aleteo familiar en el pecho.

Es él. Jack está en el umbral, como si acabara de tomar la decisión de entrar en mi mundo de telas y feminidad.

«Hola», dice, con una voz grave que parece fuera de lugar en el suave ambiente de Curves & All. Mira a su alrededor, con un toque de incomodidad en su postura, como si fuera un intruso en este santuario de amor propio y positividad corporal.

Me disculpo ante la adolescente, asegurándole que vuelvo enseguida, y me acerco a Jack a grandes zancadas, con el corazón acelerado. «Hola, Jack», digo, intentando mantener la voz firme. «No esperaba verte aquí».

Se mueve, su mirada recorre la boutique antes de posarse en mí. «Sí, bueno, necesitaba... uh, darte las gracias. Por lo de anoche». Sus ojos son intensos, mares tormentosos en los que me encuentro deseando sumergirme, a pesar del peligro.

«Soy yo quien debería agradecértelo», respondo, las palabras salen de golpe. «Has sido increíblemente valiente».

Se hace un silencio incómodo entre nosotros y me apresuro a llenarlo. «¿Qué te trae a Curves & All? pregunto, con la esperanza de alejarnos de los aterradores sucesos de la noche.

Se frota la nuca, un gesto que denota inquietud. «Suministros», dice vagamente. «Y supongo que... curiosidad».

Curiosidad. La palabra flota en el aire, un secreto compartido que ambos intentamos descifrar. Me apoyo en el mostrador, cruzando los brazos para estabilizarme. «Bueno, me alegro de que estés aquí», confieso. «He estado pensando en ti».

Sus cejas se levantan, un destello de sorpresa en sus ojos azules. «¿En serio?

«Sí. Avanzo, envalentonada por su reacción. «He estado pensando en cómo me ayudaste sin pensártelo dos veces. Y me he estado preguntando qué es lo que te mantiene en esas montañas, tan aislado de todo el mundo».

Jack se mueve, como si fuera a salir corriendo en cualquier momento. Alargo la mano y le toco ligeramente el brazo. «Lo siento, no quería entrometerme. Es que... Siento esta conexión contigo, Jack. Y no quiero ignorarla».

Mira mi mano en su brazo y, por un momento, me preocupa haberme sobrepasado. Pero entonces suspira y su cuerpo se relaja ligeramente. «Es una larga historia», murmura. «No sé si querrás oírla».

«Sí quiero», le digo con seriedad. «Pero sólo si estás dispuesta a compartirla».

Nos vamos a un rincón tranquilo de la tienda, lejos de las miradas indiscretas de los clientes. Como no dice nada, empiezo a hablarle de mi visión de Curves & All, de cómo quiero crear un lugar donde las mujeres puedan sentirse guapas y seguras de sí mismas. Le hablo de mis luchas en la industria de la moda, de los retos a los que me he enfrentado y de los triunfos que me han traído hasta aquí. Divago hasta que parece menos incómodo y más dispuesto a abrirse.

A medida que hablo, veo cómo su expresión se suaviza y su guardia baja cada vez más con cada palabra. Me escucha atentamente, sin apartar los ojos de los míos, y siento que me invade una

sensación de calidez. Esto es más que una simple atracción; es un encuentro de mentes, de almas que reconocen algo la una en la otra.

«Tu turno», le digo suavemente al terminar, dándole espacio para que me deje entrar. Sus ojos se clavan en los míos y veo el destello de una decisión tomada. Jack Tanner está a punto de abrirse, y yo estoy aquí para ello, dispuesta a escuchar con todo mi corazón.

Se pasa una mano por el pelo alborotado, un signo revelador de nerviosismo que he llegado a reconocer en la gente. Me quedo callada, dándole el espacio que necesita, con mi propio corazón latiendo a un ritmo constante de expectación. Por fin habla, con una voz grave que llena el silencioso espacio que nos separa.

«Tuve una prometida», empieza, y puedo oír la tensión en sus palabras, »Emily. Ella lo era... todo para mí. Íbamos a casarnos, a construir una vida juntos». Hace una pausa, una sombra cruza sus rasgos. «Pero murió en un accidente, en una excursión que yo había planeado. Se suponía que debía protegerla, y no lo hice».

Su dolor es palpable, algo vivo que flota en el aire. Le tiendo la mano, una silenciosa oferta de consuelo. No se aparta, y esa pequeña aceptación es una victoria en sí misma.

«Lo siento mucho, Jack», susurro, con el corazón dolido por su pérdida. «Pero no puedes culparte por algo que estaba fuera de tu control».

Sacude la cabeza y se le escapa una risa amarga. «Eso es, Grace. Siento que fue culpa mía. Yo era el excursionista experimentado, el que debería haber visto las señales, el que debería haberlo sabido. He estado cargando con esa culpa desde entonces, y me ha mantenido encerrado allí arriba, en esas montañas».

Puedo sentir la química entre nosotros, una corriente que ha estado cargando el aire desde el momento en que entró en mi boutique. Es algo más que atracción física; es el reconocimiento de dos almas que han conocido el sufrimiento, que anhelan la comprensión.

«No puedo imaginar por lo que has pasado», le digo, con voz suave pero firme. «Pero te veo, Jack. No sólo como el tipo que me salvó, sino como el hombre que está sufriendo, que merece volver a encontrar la paz y la felicidad».

Sus ojos azules se cruzan con los míos y hay un destello de algo en ellos: esperanza, tal vez, o el comienzo de la curación. Quiero sumergirme en esas profundidades, aprenderlo todo sobre este hombre que de repente se ha convertido en un ancla en mi siempre cambiante mundo.

Pero mientras hablamos, percibo que aún hay un muro entre nosotros, una barrera que él no está dispuesto a derribar. Me doy cuenta de que se contiene, y eso me hace preguntarme qué es lo que no dice, qué otros fantasmas acechan en su pasado.

Quiero conocerle, conocerle a fondo, pero también sé que si le presiono demasiado podría retirarse a su fortaleza de soledad. Es una danza delicada.

Al final de la conversación, me siento realizada. Hemos compartido más en estos pocos minutos que algunas personas en toda su vida. Pero cuando miro a Jack a los ojos, buscando ese atisbo de conexión, veo que su expresión se endurece, como una puerta que se cierra de golpe.

Siento pánico en el pecho. ¿He ido demasiado lejos? ¿He malinterpretado las señales? Me quedo

allí sentada, viéndole alejarse, esperanzada e insegura sobre lo que viene a continuación. La tensión cuelga entre nosotros, una promesa y una pregunta, y me quedo atrapada en el equilibrio, preguntándome si acabo de encontrar algo increíble o si me he acercado demasiado a una llama que no está lista para reavivarse.

Capítulo Siete

JACK

Cuando salgo de Curves & All, el timbre de la puerta tintinea, un sonido que, por alguna razón que desconozco, resuena en el hueco de mi pecho. La tienda que hay detrás de mí bulle con una energía que siento extraña en mis venas, una vibrante fuerza vital que contrasta fuertemente con la soledad de mi refugio en la montaña.

Permanezco de pie en la acera, un gigante entre la gente del pueblo, sintiéndome como una roca en la corriente del río. Miro hacia atrás a través del gran escaparate de la boutique y veo a Grace moverse sin esfuerzo entre los estantes de ropa, sus risas mezclándose con las de los clientes. Su pasión es palpable e irradia a todos los que están en su órbita, incluida yo.

La calidez que desprende no se debe sólo a los colores brillantes de sus vestidos o a la suave iluminación de su tienda. Es algo innato, algo que aviva las brasas de un fuego que creía convertido en cenizas desde hacía mucho tiempo. Es un calor que ansío disfrutar, pero que al mismo tiempo me asusta más que la más fría noche de invierno.

Soy un hombre salvaje, acostumbrado al confort de los pinos y al solaz de las altas cumbres. Mi compañía es el susurro del viento y el grito del águila, no la jovial charla de la gente del pueblo. Sin embargo, mientras la observo, esta mujer que ha irrumpido en mi vida como los primeros rayos del alba tras una noche de tormenta, no puedo evitar añorar la luz.

Estoy a punto de darme la vuelta cuando Mike, que regenta la ferretería al final de la calle, me da una palmada en el hombro. «¡Eh, Jack! Te he visto hablando con Grace. Es increíble, ¿verdad?».

Asiento con la cabeza y se me escapa un sonido ronco que se supone que es una respuesta. Mike no necesita saber que mi corazón late como si acabara de bajar de la cresta a toda velocidad.

«Sí, es... diferente», consigo decir, e incluso para mis propios oídos suena como si estuviera arañando la tierra, intentando encontrar un punto de apoyo.

Mike se ríe, con los ojos entrecerrados. «Lo diferente es bueno, tío. Hace tiempo que no te vemos entre los vivos. Tal vez sea hora, ¿eh?»

Sus palabras son como un cuchillo, palpando suavemente una vieja herida. No sabe ni la mitad. Los vivos, dice, como si yo hubiera estado entre los muertos. Y tal vez lo he estado, en cierto modo. He sido un fantasma que recorre las montañas, un espectro de un hombre que una vez supo cómo amar, cómo vivir.

Le dedico a Mike una sonrisa tensa y murmuro algo sobre la necesidad de ponerme en marcha.

Mientras me alejo, siento la atracción de la gravedad de Grace, y es un testimonio de que algo está cambiando dentro de mí. Soy un hombre solitario, un montañés solitario que ha encontrado consuelo en el ritmo de la naturaleza. Pero Grace es la melodía que me hace querer escuchar, unirme de nuevo a la canción del mundo.

Me detengo en la esquina y respiro profundamente el aire fresco. No puedo evitar la imagen de su sonrisa, el sonido de su voz. Estoy en una encrucijada y, por primera vez en mucho tiempo, el camino de la soledad no parece tan claro.

Doblo la esquina, dejando atrás la vista de Curves & All, pero el eco de la risa de Grace me sigue, un canto de sirena que me atrae hacia lo desconocido. El pulso de Maplewood Hollow se siente más pronunciado bajo mis botas. He vivido al margen de esta ciudad, una sombra en las afueras, pero el espíritu de Grace, su vibrante visión de su boutique, tira de mí con un hilo invisible.

Siempre he encontrado consuelo en la soledad de los bosques, el único lugar donde mi dolor por lo que se perdió no me sofoca. Pero Grace despierta algo parecido a la esperanza, una llama parpadeante que temo apagar si me acerco demasiado.

Sus sueños, su boutique, todo resuena en una parte de mí que creía que había muerto con mi prometida. La forma en que Grace habla de su pasión por empoderar a los demás, por celebrar cada curva y cada borde, es como un canto de sirena a los sueños que una vez tuve de un futuro lleno de amor, risas y compañía.

Pero a cada paso que doy hacia mi apartado refugio, recuerdo la culpa que me encadena. Es un peso que me ha mantenido anclada en mi sitio, un fantasma del pasado que susurra que no merezco una segunda oportunidad de ser feliz. ¿Cómo puedo seguir adelante con Grace, o con cualquiera, cuando aún me persigue el espectro de lo que podría haber sido?

Las sombras de los árboles se alargan a medida que el sol descende, y sé que es hora de enfrentarme a esos fantasmas que han sido mi única compañía durante demasiado tiempo. Pero la idea de enfrentarme a ellos, de permitirme sentir de nuevo, me produce un escalofrío que no tiene nada que ver con el frío del aire.

Estoy luchando con estos pensamientos cuando oigo una voz, una que se abre paso a través de la cacofonía de mi lucha interna. «Jack Tanner. No esperaba verte aquí».

Me paralizó, con el corazón martilleándome contra la caja torácica. Es una voz de una vida pasada, una que no esperaba -ni quería- volver a oír. Me giro lentamente y me encuentro cara a cara con alguien a quien una vez llamé amigo, alguien que me conocía antes de que las montañas se convirtieran en mi refugio.

«Mark», digo, con la voz entrecortada por una mezcla de emociones. Su sonrisa familiar no llega a sus ojos, y me doy cuenta de que está aquí con un propósito, uno que probablemente me traiga problemas.

Al ver a Mark, ahí de pie con la misma postura chulesca que tenía hace años, mi mente entra en una espiral. Es como si estuviera al borde de un precipicio, con los progresos que he hecho con Grace a un lado y el oscuro abismo de mi pasado al otro.

«No creí que te encontraría tan fácilmente», dice Mark, con un tono despreocupado, pero hay un

trasfondo de algo más, algo que no consigo ubicar.

Permanezco allí, clavada en el sitio, mientras la última luz del día se esconde detrás de las montañas. El peso familiar de mi pasado me envuelve como un manto y me pregunto si alguna vez podré escapar de él.

Capítulo Ocho

GRACE

E stoy en el séptimo cielo, el tipo de subidón que se siente al dar un salto y encontrar las alas en medio de la caída. La tienda bulle a mi alrededor, cada risa y cada tintineo de la caja registradora reafirman mi propósito. Miro a Jack cuando se marcha, su presencia es una fuerza estabilizadora en el torbellino de mi éxito. Hay una chispa ahí, un destello de algo más que gratitud, y no puedo evitar avivar las llamas con una sonrisa.

Pero tan rápido como el calor se extiende a través de mí, una sombra cae sobre la boutique, oscureciendo la vibrante atmósfera que acababa de envolverme. Me da un vuelco el corazón al notar el cambio, el modo en que las risas y las conversaciones parecen desvanecerse en un murmullo. Miro a mi alrededor, buscando el origen de este repentino escalofrío, sintiendo el familiar tirón de ansiedad que me hace un nudo en el estómago. Es como si el aire se hubiera espesado y no puedo evitar la sensación de que algo -o alguien- ha ensombrecido este momento de triunfo.

Un momento después, suena el timbre de la puerta y el cálido ambiente de Curves & All se tiñe de repente de un frío inesperado. Levanto los ojos de la caja registradora y me encuentro con los de un hombre que no reconozco, un marcado contraste con la vibrante energía de la clientela habitual de la tienda. Su sonrisa no llega a sus ojos, y algo en él pone mis instintos a flor de piel.

«¿Grace Sullivan?», pregunta con voz suave como la seda, pero con un matiz inquietante que insinúa que algo irregular acecha bajo la superficie. Es el tipo de voz que te atrae y al mismo tiempo te eriza el vello de la nuca, como si me advirtiera de que este encuentro podría ser cualquier cosa menos normal.

«Ese soy yo», respondo, esbozando una sonrisa seria, aunque en mi interior un destello de aprensión baila en mi pecho. Ajusto la postura, con la esperanza de transmitir confianza a pesar de la inquietud que me invade. «¿Puedo ayudarte a encontrar algo hoy? añadido, con voz cálida e invitadora, tratando de disipar la energía inquietante que se aferra a él como una sombra.

Se ríe, un sonido que parece fuera de lugar en medio de vestidos vaporosos y risas alegres. «De compras, no. Soy Mark Daniels. He oído hablar de la nueva boutique de la ciudad y he pensado en venir a verla por mí misma».

Asiento con la cabeza, con una expresión educada pero llena de cautela. «Bueno, espero que te guste lo que ves. Estoy intentando crear un espacio positivo en Maplewood Hollow, un lugar donde todo el mundo se sienta bienvenido y valorado por lo que es. Para mí es importante que mi boutique refleje ese espíritu».

Mark se apoya en el mostrador, su postura relajada pero decidida, y puedo ver el cambio en su expresión cuando baja la voz, haciéndola casi conspirativa. «Hablando de espacios positivos... No he podido evitar darme cuenta de que conoces a Jack Tanner». La forma en que pronuncia el nombre de Jack me produce una oleada de inquietud.

Me pongo rígida, con un torrente de emociones contradictorias arremolinándose en mi interior como una tormenta. Me invade una mezcla de intriga y aprensión que despierta recuerdos que creía haber guardado. «Sí, lo he conocido», respondo con cuidado, eligiendo las palabras con precisión mientras navego entre los matices de mis sentimientos.

La mirada de Mark es calculadora, sus ojos se entrecierran ligeramente como si estuviera sopesando sus palabras antes de dejarlas escapar. «Sólo una advertencia, Grace», empieza, con un tono despreocupado pero con un trasfondo de advertencia. «No es el hombre que parece. Le conozco desde hace años y, bueno... digamos que tiene un pasado». El peso de su afirmación flota en el aire, y siento que el corazón se me acelera mientras una mezcla de preocupación y curiosidad se enciende en mi interior. ¿Qué querrá decir? Mi mente se acelera, intentando reconciliar el rudo encanto de Jack con las sombras que ahora se ciernen sobre mis pensamientos, poniendo en duda mis impresiones iniciales.

Un destello de irritación se enciende en mi interior y me impulsa a mantenerme firme. «No me gustan los cotilleos pueblerinos, Mark», respondo con un tono firme pero seguro. «Soy nueva aquí y prefiero formarme mi propia opinión sobre la gente basándome en mi experiencia con ellos». Las palabras quedan en el aire, como un recordatorio de que valoro más la autenticidad que las habladurías, y me niego a dejar que nadie influya en mi percepción de los que me rodean.

«Me parece justo», concede encogiéndose de hombros. «Pero tenlo en cuenta. ¿Sabías que su prometida murió? Y él era el responsable. ¿Suelen ser los buenos los responsables de la muerte de sus cónyuges?».

De repente, el aire parece pesado, como si la habitación estuviera llena de algo más que aire: hay una tensión densa y sofocante. No puedo conciliar al Jack que conocí, el que saltó en mi defensa, con la imagen que está pintando Mark.

«Creo que en toda historia hay más de lo que se ve en la superficie», respondo, con voz firme a pesar del temblor de inquietud que me recorre. Detrás de cada fachada hay una historia más profunda esperando a ser descubierta, y me niego a descartar las complejidades que dan forma a las acciones y elecciones de las personas.

Mark sonríe, pero la expresión no llega a sus ojos; no es un gesto amable en absoluto. «Por supuesto. Sólo un aviso amistoso. Cuídate, Grace», dice con un tono carente de sinceridad. Se inclina un sombrero imaginario, una floritura exagerada que parece más burlona que respetuosa, antes de salir de mi boutique. Cuando la puerta se cierra tras él, el silencio que deja a su paso me parece pesado, opresivo, como si se hubiera llevado consigo una parte de la calidez que suele llenar este espacio. Me quedo allí un momento, con la inquietud persistente asentándose como una niebla en mi mente, preguntándome qué habrá querido decir realmente con esas palabras.

Vuelvo a estar sola, rodeada de los reconfortantes colores de la tienda y del persistente aroma a tela fresca. Pero ahora siento un peso en el pecho, una duda persistente que se aferra como un abrojo. Me viene a la mente el rostro robusto de Jack, esos ojos azules tormentosos que contenían tanta profundidad, tanto dolor.

No lo conozco bien, es cierto. Pero hay una sinceridad en él que no puedo ignorar. Y luego está Mark: sus palabras son como espinas y sus motivos aún más sospechosos. ¿Podría ser simplemente un mal tipo, buscando crear problemas?

Los bordes de la angustia de Jack parecen más pronunciados ahora, y me encuentro a mí misma deseando tenderle la mano, ofrecerle consuelo, conocer la verdad de su historia. ¿Qué puedo hacer para ayudarlo a abrirse? Me duele el corazón al pensar en su dolor y me sorprende lo mucho que me importa.

Capítulo Nueve

JACK

Vuelvo a estar delante de Curves & All, un lugar que se ha convertido en un extraño faro para mí en esta pequeña ciudad. Los lejanos sonidos de risas y charlas del interior de la tienda me llenan de una extraña mezcla de añoranza y aprensión. Nunca imaginé que volvería a encontrarme aquí, atraída por el corazón de la comunidad que he evitado durante tanto tiempo.

No puedo olvidar la conversación que mantuve ayer con Mark. Su repentina aparición fue como una fría ráfaga de viento del pasado, que me recordó la vida que dejé atrás. Me ha hecho estar más decidida a cambiar, a conectar con la comunidad de la que he formado parte desde la distancia. A no dejar de vivir, aunque cada fibra de mi ser grite que es más seguro estar solo.

Me froto la nuca, sintiendo el peso de la decisión que estoy a punto de tomar. Grace. Se ha convertido en un rompecabezas que no puedo evitar querer resolver. Quiero hablar con ella, necesito volver a verla.

Mientras dudo, Mike, de la ferretería, me saluda con una inclinación de cabeza y un amistoso: «Buenos días, Jack».

«Mike», respondo con una breve sonrisa. Hablamos del tiempo, del nuevo cargamento de herramientas que acaba de recibir y entonces dice algo que me pilla desprevenido.

«Sabes, Jack, me alegro de verte más por aquí. Grace ha sido buena para este pueblo, y parece que también podría serlo para ti». Sus palabras son directas, pero dan en el clavo.

«Sí, quizá», digo, levantando las comisuras de los labios en una sonrisa reacia. Siempre he sido un hombre de pocas palabras, y ahora mismo estoy agradecido por ello. Significa que no tengo que explicar la tormenta de emociones que se está gestando en mi interior.

Mike me da una palmada en el hombro. «No seas un extraño, Jack. Este pueblo siempre ha sido tu hogar».

Sus palabras refuerzan algo dentro de mí. Le veo alejarse, volver a su vida, a su papel en el tapiz de esta comunidad. Y me doy cuenta de que yo también quiero eso, aunque me dé mucho miedo.

Respiro hondo y doy un paso adelante, con el eco de mis botas en la acera. Empujo la puerta de Curves & All, el timbre repica por encima de mí.

Entro en Curves & All y es como entrar en otro mundo. El aire huele a tela fresca y a algo dulce, probablemente una de esas velas elegantes que Grace tiene encendidas en el mostrador. La

boutique bulle con la energía de la gente del pueblo, sus risas y conversaciones crean un telón de fondo para los vivos colores de la ropa que cubre las paredes.

Mis ojos encuentran a Grace inmediatamente. Ella es el centro de todo, el sol alrededor del cual orbita todo lo demás. Su sonrisa ilumina la habitación y, cuando me ve, sus ojos brillan con una chispa de reconocimiento. Intercambiamos una mirada cargada de algo no dicho, algo que se ha estado cocinando a fuego lento desde anoche. La tensión entre nosotros es como un cable en tensión, pero no es desagradable. Está cargada, llena de potencial.

No estoy acostumbrada. La calidez que parece irradiar de ella me atrae, me invita a salir de las sombras en las que me he estado escondiendo. Siento que los muros que he levantado a mi alrededor empiezan a resquebrajarse, dejando entrar rendijas de luz.

Escucho fragmentos de conversación mientras me muevo por la tienda. La gente del pueblo no tiene más que elogios para Grace. «Tiene buen ojo para el estilo», le dice una mujer a otra mientras admira un vestido en un maniquí. «Y un corazón de oro», añade otra. Cada palabra de admiración de ellas amplifica las mías. No soy la única que ve la luz que aporta a este lugar.

Al verme junto a los estantes, se acerca con una sonrisa tan brillante como el sol que se cuela por las ventanas de la tienda. «Jack, hola», exclama con voz cálida. «Ha sido un día estupendo. Mucho apoyo de la comunidad. Ha sido maravilloso». Su entusiasmo es contagioso y no puedo evitar sentir un destello de admiración por su espíritu inquebrantable. En este momento, rodeada de telas suaves y colores vibrantes, veo lo mucho que su duro trabajo significa para ella y para todos los presentes.

Su entusiasmo es contagioso, y me encuentro asintiendo con la cabeza, con una sonrisa dibujándose en mi cara a pesar de mis esfuerzos por mantener mi habitual fachada estoica. Es como si su alegría irradiara hacia fuera, envolviéndome y tirando de las comisuras de mis labios. Siento cómo la calidez del momento se filtra en mi corazón, luchando contra las sombras de mi pasado.

Entonces menciona a Mark y se me revuelve el estómago al oír su nombre, una reacción de la que no puedo deshacerme. Los recuerdos inundan mi mente, sin ser invitados y sacudiéndome, arrastrándome a una época en la que nuestra amistad parecía inquebrantable. Siento el peso de los asuntos sin resolver presionándome, un nudo familiar formándose en mis entrañas. Es como si el pasado se hubiera entrometido en este momento de calidez y luz, ensombreciendo el vibrante espíritu de Grace. Me obligo a centrarme en ella, pero el pensamiento de Mark persiste, provocándome con recuerdos que preferiría olvidar.

«Fue extraño que viniera ayer. No acababa de entenderle», dice, con el ceño fruncido, como si intentara recomponer un rompecabezas. No puedo evitar sentir una mezcla de emociones; Mark siempre ha tenido una forma de crear problemas en mi vida y ahora, al parecer, también se está entrometiendo en este momento. La observo atentamente, noto cómo le afecta su mención, la curiosidad en su voz, un marcado contraste con la inquietud que me invade. Ella busca respuestas y yo me enfrento a recuerdos que preferiría mantener enterrados.

Me he pasado la mañana intentando apartar los pensamientos sobre Mark del fondo de mi mente, como una mala hierba obstinada que no deja de meterse en mi jardín. Cuanto más intento ignorarlo, más acecha su presencia. «No te preocupes por Mark», le digo con voz grave, como el trueno lejano que presagia la llegada de una tormenta. «Tiene sus propios planes, pero no va a

causarte problemas». Espero que mis palabras tengan el peso de la tranquilidad, aunque una parte de mí sabe lo astuto que puede llegar a ser.

Pero justo cuando las palabras salen de mi boca, la puerta se abre de golpe y aparece Mark, como si le hubiera llamado nuestra conversación. Lleva la misma sonrisa de seguridad en sí mismo que recuerdo de nuestros días de camaradería, antes de que todo se torciera.

Se me revuelven las tripas al verle, se me forma un nudo de ansiedad en la boca del estómago. Esto es lo último que necesito ahora, lo último que Grace necesita. Ya puedo sentir la tensión en el aire, espesándose como las nubes antes de una tormenta, amenazando con interrumpir la frágil calma que habíamos conseguido encontrar en este momento.

«Jack, Grace», nos saluda, su voz desprende un encanto casual que parece casi ensayado, como si hubiera ensayado este momento delante de un espejo. «Espero no interrumpir nada». La forma en que sonrío, esa sonrisa desarmante, me produce un escalofrío. Es una fachada a través de la cual me doy cuenta, y no puedo evitar el impulso instintivo de proteger a Grace de cualquier plan que pueda estar tramando.

Capítulo Diez

GRACE

En la tienda se oye el zumbido de las clientas felices, sus risas se mezclan con el suave susurro de las telas y el tintineo de las perchas. Es un sonido que me ha llegado a encantar en tan poco tiempo, la sinfonía de Curves & All. Estoy a punto de recomendar un atrevido vestido de estampado floral a una cliente habitual cuando suena el timbre de la puerta. Es Jack.

Su entrada atrae mi atención como una fuerte corriente, y la habitación parece girar a su alrededor. Las líneas escarpadas de su rostro se suavizan a la luz de mi boutique, menos como el montañés que corrió a rescatarme y más como... alguien a quien quiero conocer. Conocer de verdad.

«Jack», lo saludo, una sonrisa instintivamente florece en mis labios, el calor se extiende a través de mí al verlo. Su presencia llena la habitación de una energía innegable y, por un momento, el bullicio de la boutique se desvanece. Pero antes de que nuestro intercambio pueda profundizarse, la puerta se abre de nuevo, interrumpiendo el momento y devolviendo mi atención al vibrante mundo que nos rodea.

El hombre que cruza la puerta tiene un aura inconfundible de perturbación, como una tormenta que se desata de repente. Sus ojos oscuros escrutan la tienda con una intensidad calculada y se posan en Jack con una precisión depredadora que me produce un escalofrío. Casi puedo sentir que el suelo se mueve bajo nosotros, que la atmósfera se vuelve pesada y espesa por la historia no hablada, como si las propias paredes estuvieran soportando el peso de su pasado. Mark, el pasado de Jack hecho carne, está allí, un recordatorio de todo lo que Jack ha intentado dejar atrás, y mi corazón se acelera ante la tensión que crepita en el aire.

La postura de Jack se endurece, las líneas de su cuerpo se vuelven rígidas como si fuera una estatua tallada en piedra. En sus ojos se está gestando una tormenta, una tempestad de emociones que trata desesperadamente de ocultar, pero yo veo que atraviesa la superficie. Lo veo a él, el hombre que se esconde tras la fachada, crudo y vulnerable, luchando contra sus propios demonios ante mí. Me duele el corazón por él, atrapado entre el pasado que le atormenta y el presente que nos une.

«Mark», la voz de Jack surge como un gruñido grave, casi engullido por la vibrante charla y las risas que llenan mi tienda. El sonido de los clientes que curiosen, el suave susurro de las telas y el suave tintineo de las perchas crean un animado telón de fondo, pero su tono lo atraviesa todo como un cuchillo. Noto cómo cambia la tensión en el aire cuando sus palabras se interponen entre nosotros, cargadas de una historia tácita y de un peso que me acelera el corazón.

La sonrisa de Mark parece vacía, una mera máscara que no logra ocultar la tensión subyacente que acecha bajo la superficie. Puedo verlo claramente, la forma en que sus ojos parpadean con algo más oscuro, algo calculador. «Jack, viejo amigo», dice, con una voz suave como la seda, pero con un toque que pone en alerta mis instintos. «No pensé que te encontraría aquí, precisamente aquí». Las palabras flotan en el aire.

Puedo sentir la tensión, algo palpable que parece serpentear por la sala, minando la energía de un espacio antes vibrante. Los clientes también lo notan, sus conversaciones disminuyen al percibir el cambio.

«¿Qué quieres, Mark? La pregunta de Jack atraviesa la tensión como un cuchillo, directa e inflexible. Puedo sentir el peso de sus palabras flotando en el aire, cargadas de historias no dichas y emociones no resueltas.

Mark se acerca un paso, y es demasiado. Este es mi dominio, mi santuario. Es donde empodero a las mujeres, donde he construido un refugio contra los duros juicios del mundo, y que me aspen si dejo que Mark o cualquier otro traiga aquí su caos.

«En realidad -intervengo con voz firme y segura, sintiendo que me invade una oleada de determinación-, creo que es hora de que te vayas». Las palabras flotan en el aire como un desafío, y puedo ver la sorpresa parpadear en la cara de Mark. Una parte de mí espera que esto sea suficiente para recuperar el espacio que tanto me ha costado crear, un santuario donde la negatividad no tenga cabida. Respiro hondo, recordándome a mí misma que merezco proteger lo que he construido, mantenerme firme frente a cualquiera que amenace con perturbar mi mundo.

Mark me mira y en sus ojos se enciende un destello de sorpresa, como si no esperara que yo hablara. Su ceño se frunce ligeramente y noto la tensión en el aire mientras me evalúa. «¿Y tú eres?», pregunta, con un tono entre curioso y escéptico, como si intentara medir mi valía en este momento.

«Grace Sullivan, como bien sabes desde que ayer mismo cruzaste esas puertas y preguntaste por mí. Soy el orgulloso propietario de este establecimiento, y ahora mismo, estás de pie en medio de mi boutique, causando molestias a mis clientes. Así que le pediré amablemente que se marche».

Hay un compás, un momento en el que todo pende de un hilo, y puedo sentir cómo la tensión se hace más densa en el aire que nos rodea. La sonrisa de Mark se desvanece como una sombra fugaz. Asiente bruscamente con la cabeza, pero no sin antes lanzar a Jack una mirada que no consigo descifrar, algo a medio camino entre la advertencia y la promesa.

Cuando Mark sale, la tienda respira y el ambiente recupera poco a poco su calidez de antaño. Pero la sombra de su presencia persiste, una nube oscura sobre los hombros de Jack.

Me acerco a Jack, impulsada por la necesidad de protegerle de la tormenta que presagia la llegada de Mark. «¿Estás bien? le pregunto, estirando la mano para tocarle el brazo. Es la primera vez que inicio el contacto y me parece importante, una línea cruzada, un nuevo capítulo abierto.

«Sí», dice Jack, pero su voz parece distante, casi como si viniera de algún lugar lejano. Su mirada está clavada en la puerta por la que desapareció Mark, como si buscara respuestas en el espacio vacío que hay más allá. Puedo ver la tensión en sus hombros, la forma en que se encogen

ligeramente, delatando el peso de cualquier pensamiento que se agite en su mente. Me duele el corazón por él, porque sé que la presencia de Mark ha despertado algo en lo más profundo de Jack, algo a lo que se resiste a enfrentarse.

No sé qué historia comparten, qué dolor o traición ha pasado entre ellos, pero sí sé esto: No voy a dejar que Jack lo enfrente solo. No ahora, no cuando puedo sentir el comienzo de algo fuerte e inquebrantable floreciendo entre nosotros.

Capitula Once

JACK

El tono anaranjado del sol poniente se derrama sobre el patio de la cafetería local, pero la belleza de la tarde se pierde en mí. Estoy aquí sentada, con los puños apretados alrededor de una taza de café frío, sintiendo una ira latente que amenaza con desbordarse. No puedo deshacerme de la imagen de la cara engreída de Mark de antes, cómo entraba en Curves & All como si fuera el dueño del lugar. Como si yo le perteneciera.

Puedo sentir esa espiral de miedo tan familiar en mis entrañas, la que ha gobernado mi vida durante demasiado tiempo. Es el mismo miedo que me susurraba que me quedara en las montañas, que evitara el mundo porque era más fácil que afrontar el dolor. Pero ahora, ese miedo está intentando robarme algo más: algo, o mejor dicho, alguien que hasta ahora ni siquiera sabía que quería.

Grace. Su solo nombre me produce una sacudida. No puedo permitir que Mark o mi pasado amenacen la delicada conexión que está empezando a formarse entre nosotros. Ella es calidez y luz, un marcado contraste con las sombras en las que he estado viviendo. Y maldita sea, quiero explorar lo que se está gestando entre nosotros. Quiero ver adónde nos lleva este calor, esta atracción.

Me doy cuenta de que tengo los pies en la tierra, arraigada en este lugar por un propósito que parece antiguo y nuevo a la vez. Proteger a alguien. Pero esta vez, no se trata sólo de ser el escudo; se trata de proteger la oportunidad de una vida a la que creía haber renunciado, una vida en la que alguien como Grace podría mirarme y ver más allá de las cicatrices y el exterior áspero.

Grace es una fuerza, su confianza, la forma en que se sostiene, es como si tuviera una luz interior que se niega a apagarse. Tiene una fuerza que no grita, pero que se mantiene firme. No puedo evitar sentirme atraído por ella, como si fuera la brújula que me señala un futuro que nunca me atreví a imaginar.

Y es su fuerza la que alimenta la mía ahora, cuando pienso en enfrentarme a los fantasmas que me han mantenido encadenada. Llevo demasiado tiempo huyendo de ellos, dejando que dicten los términos de mi vida. Pero ya no. No puedo dejar que Mark, o el dolor que representa, eche por tierra el comienzo de algo que podría ser hermoso.

Empujo mi silla hacia atrás con un raspón contra el suelo de madera y me acerco a grandes zancadas al dueño del café, un veterano llamado Pete. Es un habitual de este lugar, alguien que ha visto más enredos de la vida que la mayoría de la gente que conozco. Cuando me acerco, lo veo limpiando el mostrador, con movimientos lentos y deliberados.

«Pete», le digo, con voz firme y firme, señal inequívoca de la determinación que está arraigando en mí. «Necesito tu ayuda». Las palabras me resultan pesadas y liberadoras a la vez, como saltar de un precipicio a un territorio desconocido, pero sé que no puedo afrontar esto sola.

Levanta la vista del mostrador y sus ojos agudos me evalúan con el tipo de escrutinio que sólo puede ofrecer alguien que me conoce bien. Hay un destello de preocupación bajo la superficie, una pregunta silenciosa flotando en el aire. «¿Qué pasa, Jack?», pregunta con un tono firme pero lleno de curiosidad, como si percibiera el peso de mi carga antes incluso de que yo pronuncie una palabra.

«Es Mark», confieso, el nombre me sabe a ceniza en la lengua, amargo e inoportuno. Vuelven los recuerdos de nuestro pasado común, manchados por las decisiones que él tomó y que nos llevaron por caminos diferentes. «Ha vuelto, y no quiero que los problemas que trae afecten a Grace ni a este pueblo». Me invade una oleada de protección, un instinto feroz de protegerla del caos que él encarna. La idea de que Mark se abra camino en su vida me da escalofríos y enciende un fuego de determinación en mi interior para mantener mi mundo -y el suyo- a salvo de su influencia.

Pete asiente, comprendiendo el peso de mis palabras. «Tienes que mantenerte firme, Jack. Demuéstrale que no eres el mismo hombre que eras».

Su consejo es simple, pero me golpea con la fuerza de un viento de montaña. Mantente firme. Las palabras resuenan en mi mente, un grito de guerra contra las sombras que me han perseguido durante tanto tiempo. He estado tan acostumbrada a retirarme, a esconderme en el santuario de la soledad como un ciervo en el bosque, evitando la confrontación a toda costa. Pero ahora ha llegado el momento de afrontar la tormenta, de hacer frente al caos que amenaza con filtrarse en mi vida y en la de Grace. Puedo sentir el peso de esa decisión asentándose sobre mis hombros, una mezcla de miedo y determinación encendiéndose dentro de mí. Ya es hora de que deje de huir.

La puerta de la cafetería se abre de golpe y me giro para ver entrar a Mark pavoneándose con esa sonrisa chulesca que me resulta tan familiar. Mis manos se cierran en puños a los lados y los nudillos se me blanquean. No ha cambiado ni un ápice.

«Jackie», me dice, el apodo me chirría en los oídos. «Pensé que estarías en tu escondite de la montaña después de nuestro pequeño enfrentamiento en la tienda de tu novia».

Respiro hondo y siento que un fuego se enciende en mi pecho. Es una llamarada de ira, sin duda, pero también hay algo más: una feroz determinación de no dejar que me arrastre de nuevo a la oscuridad.

«Mark», digo, forzando las palabras con una firmeza que me sorprende incluso a mí. Siento el peso de la atmósfera del café que nos rodea, el parloteo de los clientes que se convierte en un zumbido lejano. «Tú y yo no tenemos nada que decirnos». El corazón me late en el pecho, una mezcla de desafío y deseo desesperado de mantener el pasado enterrado donde debe estar. Me niego a dejar que me devuelva a ese mundo lleno de manipulación y confianza rota.

Se ríe, pero con una risa aguda. «Oh, creo que sí. Verás, tengo planes, y te implican, te guste o no».

Es entonces cuando doy un paso adelante, acortando la distancia entre nosotros. Puedo sentir los ojos del café sobre nosotros, el peso del momento presionando.

«Ya no soy tu peón», le digo, con voz baja y uniforme. «Y no voy a dejar que alteres la paz de esta ciudad ni la vida de sus habitantes».

La sonrisa de Mark se desvanece, sustituida por una mueca de desprecio. «¿Es eso cierto? Eso ya lo veremos».

El aire entre nosotros está cargado, una corriente de pasado y presente chocando. Mi corazón late contra mi caja torácica, un tamborileo de confrontación inminente. Pero estoy preparado. Preparada para mantenerme firme, para proteger lo que me importa. Listo para recuperar la narrativa de mi vida.

Estoy luchando por mi oportunidad de ser feliz.

Capitule Doce

GRACE

Las manecillas del reloj se acercan a las ocho mientras estoy sola en el centro de Curves & All, una boutique en silencio salvo por el zumbido de la calle. Mis dedos recorren la suave tela de un vestido en un maniquí cercano, pero mi mente está en otra parte, repitiendo los acontecimientos de la noche como una película que no puedo parar.

El pasado de Jack ha entrado hoy por mi puerta, un fantasma no invitado que ha enfriado el cálido aire de mi tienda. Siento el peso de la confrontación sobre mis hombros. El miedo en los ojos de Jack me persigue, un marcado contraste con el valor que vi cuando me defendió en el callejón.

Pero ahora, en la tranquilidad de mi boutique, siento un impulso muy dentro de mí, una llamada a la acción. No puedo dejar que Jack se enfrente solo a sus demonios, no cuando veo la bondad que hay en él, no cuando siento esa atracción hacia él que es tan innegable como el amanecer.

Me acerco a la ventana y observo los últimos rayos de sol que se ocultan tras las montañas. La cabaña de Jack está ahí fuera, en algún lugar más allá de la línea de árboles. Probablemente esté sentado en su viejo porche, luchando con sus pensamientos, igual que yo.

La gente del pueblo ve a Jack como un enigma, un rudo montañés envuelto en misterio. Pero yo he vislumbrado algo más, una ternura, una vulnerabilidad. Veo a alguien que ha librado batallas y tiene cicatrices, alguien que merece que se luche por él.

Mi corazón late un poco más deprisa y mi determinación se reafirma. Sé lo que tengo que hacer. Tengo que defender lo que está creciendo entre nosotros, esta cosa frágil y hermosa que podría convertirse en algo más.

Apago las luces de la tienda, una a una, y el ambiente nocturno se vuelve más denso con mi determinación. Cierro la puerta tras de mí y mis pasos resuenan en el suelo de madera. Afuera corre un aire fresco, una brisa con olor a pino y a promesa.

Mientras camino por la ciudad, las amables sonrisas de los lugareños son un bálsamo para mi espíritu ansioso. Crean en mí, en mi visión de este lugar. Me han aceptado y espero que también acepten a Jack cuando lo vean a través de mis ojos.

No puedo evitar la imagen del rostro de Jack, la forma en que sus ojos buscaban en los míos comprensión, una señal de que no me apartaría de él como ha hecho el resto del mundo. No seré otra persona que lo deje solo con sus fantasmas.

Mis pies me llevan instintivamente hacia The Sweet Spot, la panadería local propiedad de Martha Jensen, un pilar de calidez en Maplewood Hollow. La campana sobre la puerta tintinea cuando entro, el aroma de los pasteles frescos y el sonido de la risa de Martha me envuelven como una manta reconfortante.

«¡Grace, querida! ¿Qué te trae por aquí tan tarde?» La voz de Martha es una cucharada de miel en el acogedor espacio.

«Sólo necesitaba un poco de compañía, Martha», admito, hundiéndome en el cálido y acogedor taburete de la barra, que siento como un abrazo familiar. El ambiente está impregnado del reconfortante aroma de los productos horneados, y al instante alivia el peso sobre mis hombros. «Y quizá un trozo de esa famosa tarta de manzana de la que he oído hablar, si queda algo». Se me hace la boca agua al pensar en la corteza hojaldrada y el relleno dulce y especiado, un remedio perfecto para el frío de la tarde.

Martha suelta una risita, cálida y contagiosa, que hace que sus ojos se arruguen en las comisuras de esa forma tan familiar que siempre me hace sentir bienvenido. Con una floritura, me pone delante un generoso trozo de tarta de manzana, cuya corteza hojaldrada brilla bajo la suave luz. «Por supuesto», me dice con una voz llena de afecto. Es como si supiera que este pequeño gesto es algo más que un trozo de tarta; es un recordatorio reconfortante de que pertenezco a este lugar, a este espacio acogedor lleno de aroma a canela y dulzura.

Mike Harrington, el dueño de la ferretería, entra en ese momento con su habitual gorra echada hacia atrás. «Buenas noches, señoras», saluda con una cálida sonrisa. «Grace, me he enterado del alboroto de antes. ¿Estás bien?»

«Sí, gracias a Jack», respondo, y hay una comprensión tácita en sus asentimientos. Jack Tanner, el hombre del momento, o quizá el hombre de mi corazón, si me dejara entrar.

El ambiente se anima cuando Martha y Mike comparten anécdotas de su día y sus risas llenan el acogedor espacio como el aroma de los pasteles recién hechos. Los ojos azules de Martha brillan con picardía cuando bromea con Mike sobre su último desastre de bricolaje, contando el momento en que se pegó los dedos por error al intentar arreglar una estantería rota. No puedo evitar reírme con ella, la calidez de su camaradería me envuelve, y siento que la tensión de antes desaparece, sustituida por una sensación de pertenencia y alegría en este sencillo momento.

«Sabes», dice Mike, dirigiéndose a mí, »Jack es un hueso duro de roer, pero lo que estás haciendo por él es bueno. Todos lo vemos».

Martha asiente, su cálida sonrisa irradia ánimo. «Lleva demasiado tiempo solo en esas montañas. Si alguien puede traerlo de vuelta a la tierra de los vivos, esa eres tú, Grace». Sus palabras me envuelven como un abrazo reconfortante, llenándome de una mezcla de esperanza y determinación. Sé que el corazón de Jack pesa, agobiado por las sombras de su pasado, pero la idea de ser yo quien le ayude a encontrar el camino de vuelta enciende una chispa en mi interior. No puedo evitar sentir que tal vez, sólo tal vez, yo pueda ser la luz en su oscuridad.

Sus palabras son como leña para el fuego que arde dentro de mí, alimentando mi determinación. Estoy decidida a llegar a Jack, a curar las heridas que le mantienen atado a un pasado doloroso. Merece la pena luchar por él, aunque aún no lo vea.

Cuando les doy las buenas noches, su apoyo me envuelve los hombros como un manto. Salgo de nuevo a la noche, el cielo es ahora un lienzo de azules y morados profundos, las estrellas empiezan a brillar. Mi corazón es un tambor de propósito mientras me dirijo a casa, cada paso firme con intención.

Capítulo Trece

JACK

La primera luz del alba asoma entre los pinos. Me tumbo en la cama y mis pensamientos se agitan como la niebla que se cierne sobre los picos de las montañas. No me resulta extraño despertarme con la mente llena de sombras, pero esta mañana el peso es diferente. No son sólo los fantasmas de mi pasado los que me acechan ahora; es el futuro el que llama a mi puerta, un futuro que podría incluir a Grace Sullivan.

Me levanto de la cama con los músculos agarrotados por la tensión de ayer. El enfrentamiento con Mark aún está fresco en mi memoria. Su rostro, retorcido por una mezcla de desesperación y astucia, me recuerda un pasado que he intentado enterrar con todas mis fuerzas. No puedo dejar que me arrastre de nuevo a esa vida, y menos ahora. No cuando por fin he encontrado un resquicio de esperanza en la calidez de la sonrisa de Grace.

Me echo agua fría en la cara y miro mi reflejo en el espejo. Las líneas grabadas en mi piel cuentan historias de penurias y soledad, pero también hay algo nuevo: un destello de algo que se parece sospechosamente a la esperanza. Es inquietante este sentimiento que ha echado raíces en mí. Me he acostumbrado tanto al adormecimiento que acompaña a una vida vivida en soledad.

Pero Grace... es como el mismo amanecer, haciendo retroceder la oscuridad con una luz obstinada. No puedo evitar sentirme atraído por ella, por la vitalidad que aporta a todo lo que toca. Me asusta la intensidad de esta conexión, la forma en que exige que acepte las partes de mí mismo que he mantenido encerradas.

Me pongo los vaqueros y la camisa, y la tela me aprieta los hombros. He sido un lobo solitario durante mucho tiempo, pero la idea de volver a ver a Grace me produce una sacudida de expectación. Tengo que enfrentarme a mi pasado si quiero tener alguna posibilidad de futuro, y eso significa enfrentarme a Mark. No dejaré que él, o los errores que he cometido, se interpongan en el camino de algo que podría ser bueno. Algo real.

Salgo y el aire fresco de la mañana me llena los pulmones. Necesito aclarar mis ideas antes de volver a verla. Necesito estar seguro de lo que quiero, de aquello por lo que estoy dispuesto a luchar. El camino que tengo ante mí está rodeado de incertidumbre, pero una cosa está clara: no puedo esconderme en este bosque para siempre.

Arranco mi viejo camión y el motor empieza a rugir. Mientras conduzco por la carretera de montaña, el pueblo de Maplewood Hollow aparece a la vista, pintoresco y tranquilo en las primeras horas. Los habitantes del pueblo acaban de empezar el día, ajenos a la agitación que se agita en mi interior.

Hoy voy a enfrentarme a mis demonios. Por Grace, por el pueblo y, sobre todo, por mí misma. No puedo reescribir mi pasado, pero tal vez, sólo tal vez, puedo empezar un nuevo capítulo. Uno en el que no esté solo, atormentado por los recuerdos, sino al lado de alguien que me ve por algo más que las cicatrices que llevo.

La carretera se extiende ante mí y aprieto el acelerador un poco más. Es hora de afrontar aquello de lo que he estado huyendo. Es hora de ver a Grace. El motor de mi camioneta zumba debajo de mí, un compañero constante en el camino. He hecho este viaje innumerables veces, pero hoy, cada giro del volante se siente como un paso hacia algo desconocido, algo que palpita con la posibilidad de cambio.

Maplewood Hollow se despliega ante mí, el pueblo cobra vida mientras los tenderos barren sus porches y el aroma de los productos recién horneados flota en el aire. La sencillez de la escena choca con la agitación que hay en mi interior, un duro recordatorio de lo que me he estado perdiendo, de lo que me he negado a mí mismo durante demasiado tiempo.

Aparco el camión cerca de la plaza del pueblo, las vistas familiares me envuelven como una manta bien usada. El parloteo de la gente del pueblo se mezcla con el susurro de las hojas, una sinfonía de normalidad que he observado desde la distancia y a la que nunca me he atrevido a unirle. Hasta ahora.

Salgo y mis botas golpean el pavimento con una sensación de finalidad. La atracción hacia la boutique de Grace tira de mí, una fuerza gravitatoria a la que soy incapaz de resistirme. A cada paso, aumenta el calor en mi interior, luchando contra los fríos dedos de la culpa que han atenazado mi corazón durante años. Es una sensación extraña, sentir el suelo bajo mis pies firme y movedizo al mismo tiempo.

Imagino a Grace dentro de Curves & All, su risa mezclándose con el susurro de la tela, sus manos gesticulando con la gracia fluida de alguien que ha encontrado su vocación. La imagen de su sonrisa -brillante, genuina y, de alguna manera, pensada sólo para mí- me impulsa hacia delante. Me siento atraído por su luz, desesperado por disfrutar de ella, aunque solo sea un momento.

Veo la boutique, cuya fachada verde azulado es un faro de modernidad en esta pintoresca ciudad. Vacilo ante la puerta, con la mano sobre el picaporte. Ha llegado el momento: el umbral de un nuevo comienzo o quizá otro capítulo de la misma vieja historia.

Respiro hondo, el aire fresco me llena los pulmones y refuerza mi determinación. Sea lo que sea lo que hay al otro lado de esta puerta, sé que no puedo afrontarlo sola. Necesito a Grace más de lo que jamás he admitido.

El corazón se me acelera, un tamborileo salvaje resuena en mi pecho, mientras me armo de valor para empujar la puerta y entrar. El aire fresco del exterior pasa junto a mí, mezclándose con el calor de la tienda, y siento que me invade una mezcla de expectación e inquietud.

Capitula Catorce

GRACE

La campanilla sobre la puerta tintinea, una melodía reconfortante contra el ajetreo matutino. Revoloteo entre los percheros de ropa, ordeno las perchas y me aseguro de que todo esté perfecto. Mi mente, sin embargo, no está en la boutique, no del todo. Está en Jack Tanner.

«Grace, cariño, pareces estar a kilómetros de distancia», dice Martha. Es como un torbellino de energía positiva, su risa es tan cálida como los bollos de canela que hornea.

Esbozo una sonrisa, una sonrisa que espero que oculte el temblor de mi pecho. «Es una de esas mañanas».

Martha deja una caja de bollos sobre la encimera y le brillan los ojos. «Puede que sepa un par de cosas sobre eso. Pero no estoy hablando de negocios, ¿verdad?». Se inclina hacia ella y su voz se convierte en un susurro conspirativo. «Es sobre ese alto trago de agua que sigue viniendo a la ciudad por ti».

Mis mejillas arden más que los hornos de la panadería de Martha, una oleada de calor se extiende por mi cara que no puedo controlar. «No puedo sacármelo de la cabeza», admito finalmente, jugueteando con una etiqueta de precio como si contuviera las respuestas a mis pensamientos arremolinados, evitando desesperadamente su mirada. «Pero es una locura, ¿verdad? Apenas le conozco». Se me escapan las palabras y no puedo evitar sentir una mezcla de excitación y ansiedad al pensar en Jack, en su fuerte encanto y en esos ojos azules que parecen atravesarme.

Agita una mano con desdén y el aroma cálido y embriagador de la masa fresca y el azúcar se arremolina a nuestro alrededor como un abrazo tentador. «Chica, cuando se trata de asuntos del corazón, locura es sólo otra palabra para excitante. Sentiste algo, y eso está más claro que el agua. Créeme, es la emoción de lo desconocido lo que hace que merezca la pena vivir». Sus ojos brillan con un destello de complicidad, como si pudiera ver a través de mi fachada ansiosa la esperanza que se esconde debajo.

Me río, con un sonido un poco tembloroso. «¿Es tan evidente?»

«Para todos menos para él, quizá. Martha sonrío y me acerca la caja. «Toma un pastelito, piénsalo y luego ve a por lo que quieres. La vida es demasiado corta para los «y si...».

Cojo un bollito y su dulce aroma me tranquiliza. «Tienes razón», digo, sintiendo una oleada de determinación. «Veré qué pasa. Gracias, Martha».

Me dedica una sonrisa cómplice y se marcha, dejándome con una renovada determinación y el

corazón un poco más ligero. Tal vez, sólo tal vez, puedo navegar este giro inesperado en mi historia. Después de todo, no empecé Curvas y todo yendo a lo seguro. ¿Por qué empezar ahora con Jack Tanner?

Respiro hondo y aliso la tela de un vestido en uno de los maniqués. Me encanta. Me encanta todo: los colores, las texturas, las sonrisas cuando alguien encuentra el conjunto perfecto. Pero hoy hay un trasfondo de expectación que me hace dar un vuelco al corazón.

Vuelvo a mirar hacia arriba, casi deseando que la puerta se abra y deje ver a Jack. Es ridículo, ¿verdad? Que me consuma tanto alguien con quien apenas he rozado la superficie. Pero desde que entró en mi vida, o mejor dicho, desde que entró en ese callejón detrás de mi tienda, las cosas se han sentido diferentes, cargadas con una especie de energía eléctrica que no puedo ignorar.

Y entonces, como si mis pensamientos lo hubieran evocado, la puerta se abre y Jack entra. El sol de la mañana se filtra por las ventanas, reflejándose en su pelo despeinado y dándole un brillo casi etéreo que contrasta maravillosamente con los vibrantes escaparates de mi boutique. En ese momento, todo lo demás se desvanece y mi corazón no sólo se acelera, sino que galopa desenfrenadamente, haciéndose eco de la abrumadora oleada de emociones que me invade al verle.

«Buenos días, Grace», me dice en voz baja y cálida, y la sinceridad de sus ojos es casi insoportable. Es como si viera a través de mí, traspasando los muros cuidadosamente contruidos para protegerme del mundo. En ese momento, me siento expuesta y a la vez segura, como si su mirada pudiera deshacer los nudos de inseguridad y miedo que me han mantenido cautiva durante tanto tiempo. Es desarmante, y no puedo evitar preguntarme qué ve cuando me mira: si reconoce la fuerza que hay bajo mi vulnerabilidad, o si simplemente ve a la mujer que anhela ser conocida.

«Jack», consigo decir, con la voz más firme de lo que siento. «Me alegro de verte. Me quedo corta. Quiero decir más, contarle cómo mis pensamientos han girado a su alrededor como planetas orbitando alrededor de un sol, pero me contengo. Pero me contengo.

Nos quedamos ahí de pie durante un momento que se alarga, llenos de una intensidad que parece zumbir en el aire entre nosotros. Es una sensación monumental, como si estuviéramos al borde de algo vasto e inexplorado.

«Te he traído café», dice rompiendo el silencio. Me tiende una taza de la cafetería, es un gesto tan sencillo, pero parece mucho más.

Alargo la mano, nuestros dedos se rozan cuando se la cojo, y ese pequeño contacto me produce una sacudida, una chispa magnética difícil de ignorar. No puedo evitar preguntarme si él también lo siente.

«Gracias», digo con voz suave. «No tenías por qué hacerlo. Pero me alegro de que lo haya hecho.

Se encoge de hombros y levanta la comisura de los labios en una media sonrisa que me hace sentir un aleteo delicioso, que me debilita las rodillas y me acelera el corazón. «Quería hacerlo. La sinceridad de su voz resuena profundamente y no puedo evitar sentir una oleada de calidez al

pensar que se ha tomado el tiempo de pensar en mí.

Los muros emocionales que ambos hemos construido parecen cernirse sobre nosotros, pero hay una grieta en el mío, que deja entrar una rendija de luz. No puedo evitar sentir que es ahora o nunca.

«Jack -empiezo, con la voz apenas por encima de un susurro, llena de una mezcla de vulnerabilidad y determinación-, tengo que ser sincera contigo. Desde aquella noche en el callejón con ese ladrón, no puedo dejar de pensar en ti». Las palabras se me escapan antes de que pueda dudar de mí misma, flotando en el aire como un desafío, una invitación a que se acerque o se retire. Se me acelera el corazón al ver su reacción, esperando que perciba la verdad de mi confesión y la profundidad de los sentimientos que se acumulan en mi interior.

Por un momento guarda silencio, y puedo ver el conflicto que se dibuja en su rostro. Pero entonces se acerca un paso, sin apartar su mirada de la mía. «Yo siento lo mismo, Grace», dice, y es como si me hablara directamente al alma.

Hay una vulnerabilidad en su admisión, una franqueza que resuena profundamente con mis propios sentimientos. Estamos en un terreno común, un espacio compartido de honestidad y emoción cruda. El reconocimiento de ello me inunda como un bálsamo calmante, a la vez sorprendente y reconfortante. Es una comprensión frágil pero poderosa que nos une, invitando a la posibilidad de que algo hermoso crezca entre nosotros.

No necesitamos decir nada más. El contacto de nuestras manos, su mirada, el sonido de mi nombre en sus labios... es toda la confirmación que necesito. Esto es el principio de algo, puedo sentirlo. Y mientras la mano de Jack roza la mía una vez más, me permito creer en la posibilidad de lo nuestro.

Capítulo Quince

JACK

Mis dedos se cierran en torno a los de Grace y una oleada de calor me sube por el brazo y me devuelve al aquí y ahora, donde las paredes de Curves & All parecen palpitar con la vida de Maplewood Hollow. El aire de la tienda huele a tela fresca y a expectación.

«Grace», empiezo, con una voz grave que delata la tormenta de emociones que se está gestando en mi interior. «Hay muchas cosas que no sabes de mí. Cosas de las que he estado huyendo, cosas que he dejado que me definieran durante demasiado tiempo».

Inclina ligeramente la cabeza, sus ojos color avellana brillan con una profunda comprensión que me envuelve como un cálido abrazo. «No pasa nada, Jack», dice suavemente, su voz es un bálsamo tranquilizador contra la confusión que siento en mi interior. «Todos tenemos nuestras cicatrices». En ese momento, puedo ver la compasión que irradia de ella, un recordatorio de que, incluso en medio de nuestras luchas, no somos los únicos que cargamos con el peso de nuestro pasado.

Respiro hondo, sintiendo el peso de los años que me presionan, los años que he pasado a la sombra de las montañas, dejando que el silencio llene los espacios donde antes vivían la risa y el amor. «Estuve prometida una vez», confieso, las palabras me saben a whisky añejo en la lengua. «Te hablé de ella».

La mano de Grace se estrecha en torno a la mía, su tacto es un salvavidas que me sostiene en medio de la tormenta de recuerdos que amenaza con engullir mis pensamientos. «Jack, no he tenido la oportunidad de decirte cuánto lamento que hayas tenido que pasar por eso», me dice en voz baja, con una empatía que no esperaba. En ese momento, su calidez se filtra en mi piel, recordándome que no estoy solo en esta lucha.

Sacudo la cabeza y miro hacia otro lado. «Después de su muerte, pensé que nunca volvería a sentir nada. Y estaba bien con eso. Hasta que te conocí».

Se le corta la respiración y, por un momento, quedamos suspendidos en el tiempo, dos almas desnudas por la sinceridad. «Yo también he tenido miedo», admite. «Miedo de que mis sueños para este lugar, para mí misma, se desmoronaran. Que nunca encontraría a alguien que mirara más allá de la superficie y me viera... a mí».

Nuestras manos siguen unidas, el punto de contacto abrasador, vinculante. «Pero haces que quiera intentarlo de nuevo, Grace. Haces que quiera salir de las sombras y entrar en la luz».

Grace se acerca, su presencia es un faro. «Te veo, Jack Tanner. A todos ustedes. Y estoy aquí con mis propios miedos y esperanzas. No somos tan diferentes, tú y yo».

En ese momento, entiendo que la curación no es un viaje que tengo que hacer solo. Grace me ofrece la oportunidad de escribir una nueva historia, una en la que el pasado no tenga que ser una prisión.

«Podemos enfrentarnos juntos a nuestros miedos», digo, con la convicción que da fuerza a mi voz. «Construir algo nuevo, algo hermoso».

Ella asiente, su sonrisa como el primer amanecer tras una larga noche. «Sí, podemos.

La boutique que nos rodea se desvanece en un telón de fondo mientras nos apoyamos el uno en el otro, la conexión entre nosotros solidificándose en algo tangible, algo real. Y por primera vez en mucho tiempo, siento que la esperanza florece en mi pecho, desplegándose como los pétalos de una flor que busca el sol.

Estamos ahí de pie, cogidos de la mano, dos corazones que empiezan a latir como uno solo, dispuestos a aceptar lo que venga, porque sabemos que lo afrontaremos juntos. Y en este momento, dentro del cálido abrazo de Curves & All, me doy cuenta de que el amor no es sólo un recuerdo: es la promesa de un futuro lleno de esperanza y amor, sin importar lo que haya detrás de nosotros.

Miro a Grace a los ojos y siento toda la fuerza de lo que siento, un maremoto que ha ido creciendo desde que la vi por primera vez. Su mano sigue en la mía, un salvavidas que me ancla al presente. Grace me da fuerzas, su calidez y su valor se funden con los míos de una forma que parece nueva y tan antigua como el tiempo mismo.

«No estoy seguro de lo que viene a continuación», admito, mi voz apenas supera un susurro, pero ella me escucha. Siempre me escucha.

La sonrisa de Grace es un faro, y no puedo evitar devolverle la sonrisa, su optimismo es contagioso. «Lo resolveremos juntos», dice, y su confianza refuerza la mía. «Juntos somos más fuertes, Jack».

Y entonces, sin decir nada más, acorta la distancia que nos separa. Sus labios se encuentran con los míos en un beso que es como volver a casa, un beso que habla de pasión y promesas, de sombras abrazadas y luz compartida. Es un beso que dice, sin una sola palabra, que estamos juntos en esto. Y a medida que nuestro beso se hace más profundo, la tensión que se ha ido acumulando en mi interior se disipa, sustituida por una sensación de paz que no había sentido en años.

Nos separamos, sin aliento, y el aire que nos rodea está cargado de algo nuevo. Es la promesa de un viaje que estamos a punto de emprender, un viaje en el que no tendremos que enfrentarnos al mundo solos. Sé que nos esperan desafíos, pero con Grace a mi lado, siento que podemos con todo.

La mano de Grace encuentra la mía, su agarre firme y seguro. Compartimos una sonrisa decidida, del tipo que habla de fuerza compartida y resolución inquebrantable. Estamos preparados para lo que venga, juntos.

Me siento más vivo que nunca. Ya no se trata sólo de mí, ni de las sombras en las que he estado viviendo. Se trata de nosotros, Grace y yo, y de la luz que podemos crear juntos. Se trata del futuro, brillante y atrayente, y de los primeros pasos que estamos dando hacia él, cogidos de la mano.

GRACE

Un año después

La campana sobre la puerta repica, un sonido familiar y reconfortante que se ha convertido en la banda sonora de mi vida aquí en Curves & All. Parece mentira que haya pasado un año desde que abrí estas puertas por primera vez, un año desde que mi vida cambió en más de un sentido. Estoy de pie en medio del caos vibrante de la celebración del aniversario de la boutique, con el corazón henchido de una alegría casi abrumadora.

Me abro paso entre la multitud de clientes, cada uno de ellos irradiando confianza, con sus sonrisas como testimonio de la comunidad solidaria que hemos construido juntos. Capto las risas, veo los gestos de aprobación de las amigas que sostienen vestidos y blusas, animándose unas a otras a abrazar su belleza. La energía es eléctrica y me llena de orgullo.

No puedo evitar reflexionar sobre las pruebas que me han traído hasta aquí, las noches en vela, los momentos de duda, la determinación que ha hecho falta para hacer realidad este sueño. Y luego está Jack, mi montañés con un corazón de oro. ¿Quién iba a pensar que el rudo superviviente que se enfrentó a un ladrón en el callejón detrás de mi tienda aquel fatídico día se convertiría en mi socio en todos los sentidos de la palabra?

Nuestro viaje ha sido un auténtico torbellino, lleno de emociones intensas y obstáculos que hemos superado juntos. El recuerdo de cómo me salvó, sus ojos azules clavados en los míos mientras sometía al ladrón, el calor protector de su presencia, todo vuelve como si fuera ayer.

Mientras ajusto una pantalla, siento que un par de brazos fuertes me rodean la cintura y me recuesto en el abrazo que se ha convertido en mi refugio. La barbilla de Jack se apoya en mi hombro y noto el roce de su barba contra mi piel, una sensación que no deja de provocarme escalofríos.

«Lo hemos conseguido, Grace», susurra con voz ronca, llena de orgullo y amor.

Me giro entre sus brazos, lo miro a los ojos y veo el reflejo de todo lo que hemos compartido. «Lo hicimos», le digo, con voz firme aunque mis emociones sean un torbellino. «Y seguiremos haciéndolo, todos los días».

La sonrisa de Jack es un raro regalo que ilumina todo su rostro, haciéndole parecer años más joven, las sombras de su pasado ya no nublan su presente. «Feliz aniversario, amor», me dice, y sé que no se refiere sólo a la boutique.

«Feliz aniversario, Jack». Alargo la mano para besarle, una conexión suave y dulce que lo dice

todo.

Cuando nos separamos, el sonido de vítores y aplausos nos devuelve al presente. La gente del pueblo, nuestros amigos, están reunidos alrededor, compartiendo nuestro momento, nuestra celebración. Su apoyo ha sido inquebrantable, una constante a lo largo de los altibajos del último año.

Cojo la mano de Jack y la aprieto suavemente mientras miramos juntos a la multitud. Esta boutique, esta ciudad, nuestro amor... es más de lo que jamás podría haber esperado. Mientras miro las caras que nos devuelven la mirada, me doy cuenta de que cada reto, cada riesgo, ha merecido la pena.

Y mientras la luz de la tarde se filtra por las ventanas de la boutique, proyectando un cálido resplandor sobre todos nosotros, sé que esto es sólo el principio. Hay mucho más por venir, muchos más aniversarios que celebrar. Pero por ahora, me conformo con deleitarme con el éxito y la alegría de este momento, rodeada de las personas que se han convertido en nuestra familia.

Las risas y la charla continúan, el sonido de la felicidad llena Curves & All, y no puedo evitar sentir que es exactamente aquí donde estoy destinada a estar.

Estoy aquí, en el corazón de mi sueño, y me golpea una ola de emoción tan fuerte que casi me deja sin aliento. En el ambiente se oye el murmullo de las conversaciones, el tintineo de las copas y las risas alegres de nuestros amigos y clientes. Todos están aquí para celebrar el aniversario de la tienda, pero para mí es mucho más que eso.

Los brazos de Jack son mi santuario y, cuando me estrecha, recuerdo el camino que hemos recorrido hasta llegar aquí. Siento una sensación de plenitud, de finalización, cuando por fin me acepto plenamente a mí misma y al camino que hemos recorrido. Hay una paz que viene de saber que estás exactamente donde debes estar, haciendo exactamente lo que debes hacer, con la persona que debe estar a tu lado.

Miro a Jack, sus ojos se arrugan con auténtica felicidad. Nuestros corazones, antes solitarios en sus luchas, laten ahora juntos a un ritmo que es el nuestro. Y mientras apoyo la cabeza en su pecho, puedo oír ese ritmo, fuerte y seguro.

Los dos hemos llegado muy lejos: Jack con su dolor y su culpa, yo con mis batallas contra la duda y las estrechas miras de la industria de la moda. Pero aquí, en este espacio lleno de amor y aceptación, parece que ambos hemos encontrado lo que buscábamos. No se trata sólo de la ropa o de la tienda, sino de lo que representan: esperanza, fuerza y la belleza de ser fiel a uno mismo.

La voz de Jack, cálida y relajante, me llega al oído como una suave brisa. «Por muchos años más de aventuras, risas y amor», murmura, y cada palabra me envuelve como un abrazo reconfortante. Puedo sentir la sinceridad en su tono, y eso enciende una chispa de esperanza en mi interior. Pensar en el futuro, lleno de momentos compartidos y de recuerdos aún por crear, hace que me corra una oleada de emoción por las venas.

Levanto la cabeza para encontrarme con su mirada, mi mano encuentra la suya y nuestros dedos se entrelazan con naturalidad. «Por nosotros», digo, y la promesa que encierran esas dos palabras es tan vasta como el cielo que se extiende sobre las amadas montañas de Jack.

Nos espera otro año, un lienzo que llenaremos con los vibrantes colores de nuestra vida juntos:

aventuras por vivir, risas por compartir y un amor que permanecerá inquebrantable a pesar de todo.